

Los Tres Investigadores

???

El secreto de los tres impostores



Mark Zahn

Los Tres Investigadores en

El secreto de los

Tres Impostores

por Mark Zahn

Basado en personajes creados por Robert Arthur

Ilustraciones de Martha Schwartz

Presentado por: www.threeinvestigatorsbooks.com

Traducción de Alfredo Fernández Magdalena

Text © June, 2006 by Mark Zahn • www.threeinvestigatorsbooks.com 3rd Edition

The Three Investigators are trademarks owned and copyrighted by Random House, Elizabeth Arthur, and Robert Andrew Arthur, 1996. The following e-book is for entertainment purposes only.

Unas pocas palabras de John Crowe

¡SALUDOS, AMANTES DEL MISTERIO! Es un inmenso honor presentar esta apasionante aventura de esos chicos insufriblemente inteligentes de Rocky Beach, California: ¡Los Tres Investigadores! Si ya habéis trabado conocimiento con ellos contáis con mi total permiso para saltaros esta formalidad y acometer directamente el cuerpo de la narración. Por el contrario, si esta es vuestra primera visita a Rocky Beach, resulta oportuna una introducción.

El Primer Investigador de esta empresa, y también el cabecilla responsable, es Júpiter Jones, achaparrado pero astuto observador. Huérfano desde pequeño, Júpiter vive con sus tíos y ha desarrollado una profunda aversión a ser tildado de gordo desde que, en su época de actor infantil, fue etiquetado con el desafortunado apodo escénico de “Bebé Gordito”. En cuanto aprendió a leer Júpiter devoró todo libro que caía en sus manos –desde Psicología a Criminología–. El resultado fue que la mayoría de los adultos se sienten incómodos y creen que sabe más de lo que le conviene.

Pete Crenshaw es el más atlético del trío. Su constitución robusta y su agudo sentido de la orientación le han hecho indispensable en todos los casos que los muchachos han emprendido. Aunque Pete pueda ser reticente a secundar los esfuerzos de Júpiter, siempre ha permanecido leal y fiel a sus amigos.

El último, pero desde luego no el menos importante, es Bob Andrews, estudioso pero valiente. A cargo de todos los archivos y de la documentación de este vivaz equipo, Bob ha ayudado a la empresa a superar al más listo de los maleantes demostrando que no sólo es meticuloso en sus notas sino que en momentos de dificultad posee un corazón de león.

¡Y basta de introducciones! ¡El juego comienza!

JOHN CROWE

1

Un visitante sorprendente

– ME PREGUNTO qué sucedería si emprendiera una vida criminal –especuló Júpiter Jones consigo mismo.

Era un día caluroso y él y Pete Crenshaw estaban sentados a la sombra del taller al aire libre de Júpiter, entretenidos con un cargamento reciente de chatarra que su tío Titus acababa de adquirir.

Pete, el Segundo Investigador, un chico alto y atlético, dejó caer el destornillador que usaba como palanca para abrir por detrás un viejo reloj. Miró a Júpiter boquiabierto.

– ¿Qué has dicho?

– He dicho que me pregunto qué pasaría si me aventurara en una actividad criminal –repitió Júpiter– ¿Te acuerdas de cuando frustramos el plan de los atracadores de banco que se servían de enanos disfrazados de gnomos? El capo de aquella organización me ofreció tomarme bajo su tutela y entrenarme para ser un delincuente experto. Estaba tan sólo sopesando qué habría acontecido si hubiera aceptado su oferta.

– Pues seguramente estarías encerrado en la prisión del Condado de Los Ángeles, junto con el resto de aquella banda –dijo Pete, secamente.

– Humm –murmuró Júpiter–. Me pregunto...

Los chicos estaban de buen humor desde que habían sabido que iban a ser distinguidos por el Rotary Club de Rocky Beach como ciudadanos sobresalientes por su servicio comunitario como detectives juveniles voluntarios. Iban a compartir la mitad de un premio de cinco mil dólares con otro vecino de Rocky Beach, Leo Magallanes, una hombre estrafalario de cerca de sesenta años que amaba las artes tanto como aborrecía a los muchachos.

Iba a celebrarse un banquete en el Ayuntamiento, en el que su amigo el Jefe Reynolds actuaría como maestro de ceremonias. Su parte del dinero dividida entre tres alcanzaba casi mil dólares por cabeza.

– Parece ajustado a razón pensar que un experto delincuente tendría que ser capaz de completar un trabajo maestro. Uno que estuviera bien planeado y perfectamente ejecutado –continuó Júpiter pensando en voz alta.

– No estarás pensando realmente en convertirte en ladrón, ¿verdad? –exclamó Pete.

– Supongo que no –Júpiter hizo una mueca—. Pero un investigador erudito debería ponerse dentro de la mente de su adversario, en ocasiones, aunque sólo sea para obtener una perspectiva inmediata de la mentalidad criminal.

– Si me dieran una moneda por cada vez que te he oído decir eso...

Pete dejó en suspenso la frase al ver a Bob Andrews, el tercer miembro de su equipo de detectives, que se aproximaba al taller.

– Hola, Archivos. ¿Qué te ha retrasado?

– No te imaginarías nunca contra quién he chocado en la biblioteca –dijo Bob, con excitación.

Bob trabajaba a tiempo parcial en la biblioteca pública de Rocky Beach. Su trabajo le ayudaba a encargarse de toda investigación necesaria cuando Los Tres Investigadores tenían un caso.

Júpiter se frotó la barbilla como pensando intensamente.

– Aunque mi habilidad deductiva es notable, me temo que la población de Rocky Beach es desde luego excesiva como para determinar adecuadamente quién fue el sujeto de tu encuentro en la biblioteca.

– Quiere decir que vas a tener que decírnoslo –dijo Pete, secamente.

– ¡Leo Magallanes! –exclamó Bob abriendo los ojos.

Pete silbó.

— ¿Ese gruñón con el que vamos a compartir el premio en metálico? Pues qué mala suerte para ti: odia a los chicos.

— Y que lo digas –confirmó Bob—. Me arrinconó y me dio una conferencia acerca de cómo le fue estafada una parte del dinero del premio. ¡Cree que deberían dárselo entero a él!

— Lo lamento por él –manifestó Júpiter— Su agresividad hacia los demás es clara indicación de su soledad. Supongo que se siente mejor cuando le protesta a alguien.

— Sólo espero no tropezarme nunca con él –Pete se encogió de hombros—. Puede que haya contribuido un montón a la sociedad, pero ha amargado la vida a los chicos de esta ciudad durante años y más años. No me parece que se merezca el dinero del premio que va a conseguir.

— Hablando del premio, ¿habéis decidido lo que vais a hacer con vuestra parte? –preguntó Bob con excitación.

— ¡Voy a gastármelo todo en la Montaña Mágica! –se rió Pete.

— Yo pensaba en una bicicleta nueva. ¿Y tú, Jupe?

— Yo sostengo que nuestra empresa podría dar un mejor uso a esta ganancia inesperada mediante su inversión en un ordenador –replicó Júpiter—. O al menos como anticipo para uno.

— ¡Mira, así se divierte Júpiter Jones cuando gana un montón de dinero! –exclamó Pete, sarcástico.

Los chicos continuaban hablando con entusiasmo sobre cómo podrían gastar su premio cuando, por encima de las pilas de chatarra estratégicamente colocadas, oyeron a Mathilda, la tía de Jupe, llamándolos en voz alta.

La señora Jones era una mujer robusta y con un infinito buen carácter. La generosidad de su corazón quedaba tan sólo superada por su capacidad para encontrar chicos desocupados y ponerlos a trabajar en el Patio Salvaje –era algo en lo que destacaba—. Aunque Titus salía a adquirir mercancía en realidad era la tía Mathilda la que dirigía el patio, y ahora su voz requería atención.

– ¡Júpiter! –gritó– Caramba, ¿dónde has estado hasta ahora? Tienes visita. ¡El Jefe Reynolds está aquí y desea verte!

Y con esto se retiró para ocuparse afanosamente en algunas tareas que la mantuvieran ocupada y sin embargo al alcance de la conversación.

Los tres muchachos intercambiaron miradas de sorpresa.

– ¿Supones que se olvidó de decirnos algo del banquete? – preguntó Bob, bajando de un salto de la prensa de imprimir.

– Sólo existe un modo de alcanzar la respuesta –dijo Júpiter por encima del hombro– ¡Vamos!

Los tres chicos zigzaguearon entre la chatarra en dirección a los grandes portones de hierro que daban paso al Patio Salvaje¹ de los Jones. Allí estaba el Jefe Reynolds, esperando junto a su coche patrulla. Júpiter notó inmediatamente que el jefe tenía la cara demacrada. Habían trabajado con él lo suficiente como para que Júpiter supiera que el amable policía sufría un estrés considerable cuando presentaba este aspecto.

– Hola, Jefe. Ya veo que está aquí de servicio, y no para hablar del próximo banquete –dijo Júpiter despreocupadamente.

– Pues sí, exactamente, Júpiter. ¡Pero no puedo imaginar cómo lo has averiguado! –contestó el Jefe Reynolds alzando las cejas.

Bob y Pete miraron a Júpiter, igualmente sorprendidos.

– Intento evitar conjeturas cuando la respuesta es elemental. ¿En qué podemos ayudarle?

– Bueno, chicos –dijo el jefe moviendo un poco los pies, como si estuviera incómodo–. Hubo un robo en la Panadería de Perla esta noche –explicó.

– Y quieren nuestra ayuda para resolverlo, ¿no? –dijo Pete ansiosamente.

¹ N. del T.: Hemos respetado el nombre aparecido en la edición en castellano de los libros originales de Los Tres Investigadores. Los traductores eligieron “Patio Salvaje” para designar el “Salvage Yard” cuando la traducción exacta habría sido “Patio de Rescate” o “Patio de Recuperación”.

Habían transcurrido varias semanas desde el último caso, y estaban ávidos de algún misterio para resolver.

— Me temo que no, Pete —contestó lentamente el jefe— Veréis: ¡vosotros sois los principales sospechosos!

— ¿¿Qué?? —gritaron al unísono.

Tía Mathilda dejó caer la escoba que sostenía y se presentó enfurecida.

— ¿Qué significa esto, Sam? —demandó— ¡Sabes que estos chicos son mejores que todo eso!

Con un resoplido, giró sobre sus talones y dio una voz hacia la pequeña oficina:

— ¡Titus Andrónicus Jones! ¡Sal y ven aquí, rápido!

— Relájese, Mathilda —la tranquilizó el jefe—. Estoy seguro de que sólo ha sido un malentendido.

Mientras el jefe trataba de calmar a la tía de Júpiter, Titus Jones venía tranquilamente hacia la puerta principal. El señor Jones era un tipo de corta estatura y prominente nariz adornada con un bigote aún mayor. Sus ojos parpadearon cuando dio una chupada a la pipa que sobresalía de sus labios.

— ¿Qué lío es este, Sam? —preguntó con calma.

— Hola, Titus. Verá: estoy seguro de que hay una explicación completamente racional para todo esto. Sólo estoy dando cuenta de los hechos tal y como yo los conozco. Resulta que la Panadería de Perla fue robada esta pasada noche —volvió a decir el jefe—. No tenemos pistas, salvo esto...

Mostró uno de los tarjetones de negocios de los chicos, encerrado en una bolsa de plástico de las de protección de pruebas.

— ¡Vaya, es una tarjeta del club de los chicos! —la señora Jones respiró con dificultad.

Mathilda Jones sabía más o menos que los chicos mantenían habitualmente reuniones, pero no era consciente de que eran investigadores serios que habían contribuido a solucionar buen número de delitos reales. Por más que Jupe se lo recordaba, todavía llamaba club a su empresa.

Mientras tanto, Júpiter estudiaba la tarjeta que el jefe tenía en la mano y se tiraba del labio inferior, signo seguro de que su maquinaria mental giraba a altas revoluciones.

– ¿Puedo ver eso, señor? –preguntó.

El jefe le alcanzó la bolsa para pruebas con la tarjeta en su interior. Júpiter la examinó minuciosamente. Le dio la vuelta y miró el dorso, y de nuevo el anverso. Bob y Pete se agolparon para mirar por encima de su hombro. Se leía:

LOS TRES INVESTIGADORES

“Lo investigamos todo”

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

– ¡Canastos! ¡Un ladrón ha dejado nuestra tarjeta! –exclamó Pete.

– ¿Ha dicho que esto fue encontrado en el escenario del delito? – preguntó Júpiter, frunciendo el ceño.

– Así es, Júpiter –contestó el jefe—. Justo al lado de la caja registradora vacía. Sólo hace dos semanas que Perla –es decir, la señora Henderson, la propietaria– había instalado un complejo sistema de seguridad, pues ha dicho que a menudo hornea hasta tarde y que muchas noches trabaja allí sola. El ladrón realmente tuvo habilidad para sortear el sistema. Y ahora Perla está de los nervios, preocupada.

– ¿El ladrón sólo cogió el dinero de la caja registradora? –inquirió Júpiter, algo sorprendido– ¿No robaron o dañaron nada más?

– Eso es lo gracioso –dijo el jefe con una expresión de perplejidad en el rostro; el día parecía cada vez más caluroso y el jefe aflojó el cuello de su camisa—. Perla dice que no tocaron ninguna instalación y que no se llevaron ni siquiera un donut. ¡Y está segura de que la caja sólo contenía veinte dólares!

2

Injustamente acusados

– SE ME ANTOJA que el ladrón efectuó un intento evidente de implicarnos falsamente en el delito –declaró Júpiter con tranquilidad.

– Podría parecerlo –repuso el Jefe Reynolds—. Sin embargo, y sintiéndolo mucho, voy a tener que preguntaros, chicos, dónde estabais anoche hacia las nueve –el jefe sacó un bolígrafo y un cuadernillo de notas.

Bob y Pete miraron a Júpiter. Ellos sabían que a las nueve en punto de la noche anterior estaban celebrando una reunión secreta dentro de su puesto de mando. El puesto de mando era un remolque de ocho metros que Titus Jones había comprado con la esperanza de restaurarlo; pero, como la estructura había resultado dañada muy seriamente, permaneció plantado en el patio hasta que por fin el tío Titus se lo regaló a Júpiter para que lo utilizase al formar un club con sus amigos. Lentamente, en el transcurso de varios meses, los chicos habían ido acumulando cuidadosamente chatarra a su alrededor hasta que había quedado escondido –y olvidado– para todos menos para ellos.

– Nosotros tres estábamos aquí en el Patio Salvaje celebrando una reunión a las nueve en punto de anoche, jefe –dijo Júpiter sin vacilar.

– ¿Puede corroborarlo alguien?

No era corriente que Júpiter Jones, el jefe de Los Tres Investigadores tan seguro de sí mismo y a veces tan pomposo, se sintiera aturdido. Pero en esta ocasión su respuesta fue un balbuceo:

– B-bueno... No... C-creo que no, señor.

El jefe dio una palmada a Júpiter en el hombro y sonrió.



– No te preocupes demasiado, hijo. Chicos, habéis sido unos excelentes ayudantes juveniles. Dudo que hubierais sido tan descuidados incluso si os hubierais vuelto delincuentes.

Júpiter, Pete y Bob trataron de sonreír con ganas ante aquella alabanza del jefe.

– Bueno, chicos, he de llevar otra vez esta tarjeta de negocios al laboratorio para que busquen huellas digitales. Ya os haré saber los resultados cuando los tenga.

Se subió a su vehículo y les saludó amistosamente mientras maniobraba hacia atrás para salir del Patio Salvaje. Los muchachos le despidieron con la mano y, malhumorados, permanecieron en pie junto a los portones de entrada mientras se alejaba calle abajo.

Justo cuando el coche del jefe desaparecía del campo visual llegó derrapando un deportivo ostentoso de color azul que empujó una lluvia de gravilla y polvo acre en el cálido aire veraniego.

– Skinny Norris –dijo Pete con enfado– ¡No estoy para aguantar sus bromas!

E. Skinner Norris era un par de años mayor que los muchachos y, puesto que su padre era residente legal de otro Estado, que daba permisos de conducir prácticamente a párvulos, Skinny estaba autorizado para conducir coches –un detalle que exhibía con superioridad ante todos los chavales de Rocky Beach–. Pero aunque Skinny dispusiera de coche, lo que verdaderamente le gustaba hacer cuando vivía en Rocky Beach era inmiscuirse en cualquier cosa que Júpiter, Pete y Bob estuvieran haciendo. A menudo trataba de superar en inteligencia a Júpiter, pero nunca lo lograba. En esta ocasión salió saltando de su coche y miró con inquina a los investigadores.

– ¡Piérdete, Skinny! –exclamó Bob, airado.

– ¡Tranquilo, tú! –Skinny hizo una mueca como la de un gato que hubiera atrapado un canario–. Bueno, Júpiter Macsherlock, supongo que estás metido en agua bastante caliente, ¿no? –Un par de amigos estallaron en risas desde el asiento trasero del coche y Skinny profirió un ruido gutural que parecía el relincho de un caballo.

El rostro de Juve adoptó una expresión sorprendida.

– No sé a qué te refieres, Skinny –dijo con inocencia encogiéndole los hombros.

– ¡Oh, venga! –gritó el joven larguirucho, haciendo aspavientos con los brazos– ¡Si lo sabe todo el mundo en la ciudad: tú lo hiciste! ¡Encontraron tu tarjeta de negocios en la escena del delito! –añadió maliciosa y burlescamente.

– Es un dato muy interesante, Skinny –dijo Júpiter, haciendo un guiño rápido a Bob y Pete– .Teniendo en consideración que solamente la señora Henderson y la Policía están al corriente de los detalles del delito, quizá estés dispuesto a relatar cómo dedujiste que encontraron nuestra tarjeta de negocios...

La cara de Skinny enrojeció.

– ¡Te crees muy listo, Gordito! ¡Espera y verás! –apuntó con su dedo huesudo hacia Júpiter–. ¡Al final del día vosotros tres seréis el hazmerreír de Rocky Beach!

Skinny saltó de nuevo en su coche y salió temerariamente marcha atrás, provocando otra nube de polvo. Riéndose y sacando la lengua a los chicos se precipitó calle abajo.

Cuando el polvo se hubo asentado Bob planteó la cuestión en la que todos estaban pensando.

– ¿Cómo ha sabido Skinny lo de la tarjeta, Jupe?

Júpiter se reclinó sobre sus talones, el ceño contraído.

– No estoy seguro, pero parece que su misma boca acaba de implicarle en el robo de la panadería de Perla. ¡Creo que es tiempo de que Los Tres Investigadores mantengan una reunión de emergencia!

– ¡Reclamo orden en la reunión! –dijo Júpiter, golpeando con los nudillos en el escritorio ajado por el fuego que existía dentro del Puesto de Mando–.Ya que todos nosotros estamos al corriente de los desconcertantes eventos de los que se nos ha informado recientemente, propongo que demos comienzo a una deliberación sobre potenciales sospechosos.

– ¿Qué ha dicho? –preguntó Pete a Bob.

– Ha dicho que todos nosotros hemos oído lo mismo y que por lo tanto intentemos imaginarnos quién lo hizo y nos echó la culpa.

– Ah. ¿Y por qué no se limita a decirlo así?

El recio Primer Investigador aclaró la garganta y apoyó los codos en la mesa.

– Si vosotros dos habéis terminado ya la actuación, continuaremos – dijo con impaciencia – Skinny Norris está ya en la lista por razones evidentes. ¿Alguno de vosotros puede pensar en alguien más que desee manchar nuestro buen nombre y reputación?

– Caramba, Jupe, hemos resuelto tantos casos que podrían ser cientos los sospechosos –exclamó Pete.

– Bueno, cientos podría ser una exageración, pero ciertamente nos hemos ganado varios enemigos –suspiró Jupe.

– ¿Crees que podría ser Huganay? –preguntó excitadamente Bob—. ¿El ladrón de obras de arte francés con el que nos tropezamos en el caso del loro tartamudo, y de nuevo en el caso del reloj chillón?

Júpiter se reacomodó en la silla de oficina giratoria que había restaurado, con un gesto de intensa concentración en su cara redonda.

– No es su estilo –decidió—. Además, de hecho él nos ayudó la última vez que nos encontramos. No creo que se hiciera todo el camino de vuelta hasta Rocky Beach sólo para causarnos problemas. ¿El siguiente?

Pete chasqueó los dedos.

– ¿Qué os parecen esos maleantes que andaban tras la joya de Augusto Agosto, el Ojo de Fuego? ¡La policía no llegó a cogerlos!

– Humm... definitivamente, es una posibilidad –respondió Jupe.

Estuvieron largo rato sentados en silencio, calibrando mentalmente todos los tipos siniestros contra los que habían luchado en su carrera como Tres Investigadores. Finalmente Bob alzó las manos exasperado.

– Ay, afrontémoslo, compañeros: ¡la lista podría ser interminable! – dijo, desanimado.

– Tienes razón, Archivos. Continuemos –concedió Júpiter– Veamos, ¿por qué un maleante elegiría intencionadamente una panadería para robar? He aquí el verdadero misterio.

– ¡Yo aún diría más! –dijo Pete– El por qué alguien se metería en semejante problema por veinte dólares ¡es un auténtico destrozamolleras!

– ¡Aaak! ¡destrozamolleras! ¡Aak! –graznó Barbanegra desde su percha en la gran jaula que colgaba en una esquina. Barbanegra era un pájaro mina que habían adquirido en un caso anterior, cuyo principal objetivo en la vida parecía ser poner de los nervios a Pete.

– ¡Tú, cierra el pico! –bufó Pete.

– Jupe, ¿y si lo dejamos para pensarlo por la noche? Ha sido un día largo y mi estómago me dice que casi es la hora de cenar.

– Supongo que tienes razón, Bob –dijo resignadamente Júpiter– Esta noche todos nosotros intentaremos pensar en quién podría estar tratando de enredarnos en este delito. Y mañana, me gustaría que repasaras nuestros casos, Archivos. Haz una lista de todos los potenciales sospechosos, Skinny incluido, aunque dudo que sea nuestro hombre.

– Okey, Jupe –dijo Bob– El muchachito desapareció por el Túnel Dos, una trampilla en el suelo del remolque que servía de entrada secreta junto con otras varias que daban paso al Puesto de Mando.

– Segundo, mañana tú seguirás a Skinny y verás en qué anda metido. Informa aquí a mediodía.

– Tengo que segar el césped de mi vecino antes, pero luego acecharé como un halcón a ese tontaina –dijo Pete– ¿Y tú que vas a hacer mañana, Primero?

– Mañana –dijo Jupe dramáticamente– tengo una cita con cuatro sillas de jardín muy oxidadas.

Júpiter despidió con la mano a sus compañeros mientras cerraba el Patio Salvaje y después cruzó la calle hasta la casita blanca que servía de morada a los Jones.

Pete y Bob pedalearon hacia sus casas. Los dos amigos montaron en paralelo una parte del camino conversando sobre los sorprendentes sucesos del día. Después, mientras el sol de verano comenzaba a ponerse en un cielo rojizo, se separaron siguiendo caminos diferentes. Ninguno de ellos cayó en la cuenta del anodino sedán negro que les seguía.

3

Otro robo

PETE CRENSHAW se había despertado temprano aquella mañana y había luchado contra la espesa niebla de California para tener segado el césped de su vecino. No anhelaba andar siguiendo en bicicleta a Skinny Norris y a su coche por todo Rocky Beach, pero Pete era el más atlético de los tres muchachos, así que estaba acostumbrado a este tipo de tarea investigadora.

Sin embargo, esa mañana Pete estaba de suerte. El coche de Skinny permaneció toda la mañana en el camino de acceso a la elegante casa de sus padres. Ya era mediodía, y desde su privilegiada atalaya en un gran olmo al otro lado de la calle, Pete, utilizando los prismáticos de su padre, sólo había visto el rostro pecoso de Skinny atisbando nerviosamente de vez en cuando detrás de las cortinas. Pete pensó que parecía asustado y se dijo que tendría que comentarle a Júpiter esta observación. Colocó los prismáticos en su funda protectora y bajó gateando de su observatorio.

El cálido sol del mediodía había deshecho ya los restos de la niebla matinal cuando Pete entraba pedaleando en el Patio Salvaje de los Jones. Hans y Konrad, los dos corpulentos ayudantes bávaros del Patio, tenían abierta la capota de la furgoneta del Patio y estaban mirando en su interior.

– Hola, Konrad. Hola, Hans.

– Qué hay, Pete –dijo Konrad.

– ¿Buscando a Jupe? – preguntó Hans.

– ¿No está aquí? –preguntó Pete, sorprendido—. Creía que tenía que trabajar todo el día.

– No he visto a Jupe en toda la mañana –Konrad se encogió de hombros—. Y la señora Jones no está muy contenta con esto.

– Vale. Gracias, colegas.

– Okey, Pete –dijeron amablemente los dos rubios hermanos, volviendo al motor de la furgoneta.

Pete pasó en bicicleta alrededor de los montones de variopinta chatarra hasta que llegó al taller al aire libre de Jupe. La bicicleta de Bob estaba apoyada contra la vieja prensa que Júpiter había arreglado. El espigado muchacho apoyó su bicicleta contra la de Bob y se deslizó por debajo de la prensa. Movi6 hábilmente un trozo de reja de hierro que parecía descansar sobre una vieja tubería ondulada y se arrastró por su interior. Esta era la entrada del Túnel Dos. La tubería se extendía varios metros y en cierto punto discurría parcialmente bajo tierra. Los chicos habían puesto recortes de alfombras para evitar dañarse las rodillas. Pete llegó hasta una trampilla que se abría en el suelo del Puesto de Mando, hizo la llamada secreta con los nudillos, y entró.

Bob Andrews estaba muy ocupado en los archivadores. Tenía un lápiz en los dientes y gruñó un saludo para Pete.

– ¿Has visto a Jupe?

– No le he visto en toda la mañana –masculló Bob.

– Caray, ¿crees...? –Pete fue interrumpido por el timbre del teléfono.

Los dos muchachos se miraron por un momento. El teléfono no sonaba a menudo, pero cuando lo hacía era casi siempre algo importante. Bob dejó caer el lápiz de entre sus dientes y contestó con su tono más profesional.

– Los Tres Investigadores. Le atiende Bob Andrews.

– ¡Archivos! –era Júpiter, y sonaba agitadoísimo– ¿Está ahí Pete?

– Acaba de llegar. ¿Dónde estás?

– Ponme al altavoz –dirigió Júpiter.

El altavoz era un artilugio que Jupe había montado a partir de un micrófono y una radio antiguos. Cuando se conectaba, los tres chicos podían oír cualquier llamada telefónica que recibieran.

– Adelante, Primero –dijo Bob.

– ¡Máxima emergencia! ¡Los Tres Tranquilos! ¡La Puerta Roja de Rover! ¡El almacén de ferretería Green's! ¡Zarabanda y tremolina! ¡Cuidado con vuestras espaldas!

Júpiter colgó abruptamente el teléfono. Bob y Pete se miraron de hito en hito como hipnotizados por el tono de marcar que sonaba en sus oídos.

– ¿De qué iba todo eso? –preguntó Pete.

– No estoy seguro, ¡pero mejor seguimos sus instrucciones! – exclamó Bob – ¡Vamos!

Pete y Bob salieron a través de Los Tres Tranquilos, que consistía en una gran puerta, todavía con su marco, que parecía descansar como casualmente sobre un montón de artículos sin valor. Cuando se la abría con la llave oxidada que los chicos tenían guardada daba paso a una gran caldera que, a su vez, conducía directamente al Puesto de Mando.

Recuperaron cuidadosamente sus bicicletas y se dirigieron en fila hacia la Puerta Roja de Rover. Años atrás varios artistas de Rocky Beach habían pintado la verja que rodeaba el Patio Salvaje –un modo de agradecer a Titus Jones que les diera, muchas veces gratis, suministros y trastos varios–. Un mural en la sección trasera de la valla representaba el gran incendio de San Francisco. Un perrito, al que los muchachos habían apodado Rover, miraba con tristeza cómo su caseta ardía en llamas. A Júpiter se le había ocurrido un sistema que permitía que tres tablones de la verja girasen cuando se empujaba un nudo que coincidía con el ojo de Rover. Los chicos utilizaban esta entrada sobre todo cuando querían estar seguros de no ser vistos por la tía Mathilda.

Bob y Pete hicieron girar la Puerta Roja de Rover para cerrarla y después empezaron a pedalear con energía a lo largo de un gastado camino en la hierba en dirección a la zona comercial del centro de Rocky Beach.

– ¿Crees que nos estarán vigilando? –pregunto nerviosamente Bob, entre los jadeos de su respiración.

– Quizás –dijo Pete, oscuramente –. Será mejor que mantengamos nuestros ojos abiertos y nos aseguremos de que no nos sigan.

Los muchachos se pegaron a las calles secundarias y a las callejuelas echando miradas furtivas por encima de sus hombros a cualquier coche que pareciera ir siguiéndolos. Al cabo de varios minutos estaban tirando

de sus bicis hacia el almacén de ferretería Green's. Júpiter y el Jefe Reynolds estaban de pie en la parte delantera. Jupe iba y venía estirándose el labio inferior con aspecto de estar desgastando el cerebro de tanto pensar. La expresión del Jefe Reynolds era sombría.

– Eh, Jupe, ¿qué pasa? –preguntó Pete, resoplando.

– ¿Han robado el almacén de ferretería? – preguntó Bob, subiéndose las gafas en la nariz sudorosa.

Júpiter no hizo caso de la pregunta y se encaró con Bob.

– Archivos, ¿volviste a casa directamente después de irte anoche del Patio Salvaje?

– Pues claro, Jupe. Di, ¿de qué va todo esto? – dijo el muchachito, atónito.

– Vamos dentro, muchachos –dijo seriamente el Jefe Reynolds, conduciéndolos por la puerta delantera—. Tienes razón, Bob. El almacén de ferretería Green's fue asaltado y robado anoche. Míralo tú mismo, pero recuerda: esta es la escena de un delito; ¡no toques nada! –ordenó.

Lo primero que los chicos notaron fue una larga cuerda de nylon que bajaba desde una pequeña claraboya del alto techo.

– Os daréis cuenta de que la claraboya es muy pequeña –dijo Júpiter mientras el grupo se aproximaba a la cuerda que colgaba—. Casi demasiado pequeña para un hombre, pero justa para un muchacho.

– No me gusta cómo suena esto –dijo Bob, entre susurros.

– A continuación –siguió Júpiter como si impartiera una clase— Nos encontramos, justamente debajo de la cuerda, con fragmentos de lo que parece ser tiza verde.

– Ay, no –gimió Bob.

– Y ahora, si puedo dirigir vuestra atención hacia la ventana de vidrio de la claraboya... –Júpiter mostró el techo con el dedo.

– ¡Un interrogante! –gritaron al unísono Bob y Pete.

Los chicos apenas daban crédito a sus ojos. Marcado con tiza en el vidrio de la claraboya había un gran signo de interrogación de color verde – ¡La señal especial de Los Tres Investigadores!

– Jupe... Jefe... Tienen que creerme –suplicó Bob con los ojos desorbitados– Anoche yo estaba profundamente dormido. En casa. En la c-cama, ¡donde ojalá estuviera ahora mismo!

4

Al acecho

UNA ESPESA NIEBLA iba adentrándose desde el Pacífico, tiempo después aquella tarde. Los Tres Investigadores –cada uno con su propia bolsa de deporte con ropas negras– se daban cita en el Puesto de Mando unos minutos antes de las ocho en punto. Con precaución para no ser vistos, entraron en el remolque oculto a través de la Puerta Cuatro. Una vez dentro hubo un silencioso entendimiento en la habitación. Cada muchacho sabía que se jugaban mucho y a ninguno le apetecía bromear. Pete y Bob revisaron las pilas de sus linternas y walkie-talkies mientras Júpiter se ocupaba, por su parte, en empaquetar varios objetos en una mochila.

Pete ojeó la bolsa escépticamente.

– ¿Qué hay en la bolsa, Jupe?

Júpiter, repleto de su habitual autosuficiencia, sólo hizo una ligera mueca y cerró la cremallera de la bolsa con aire importante.

– Útiles de vigilancia –fue todo lo que dijo.

Bob y Pete miraron al cielo. Ambos sabían que era inútil intentar sacar con sacacorchos la información de su sesudo amigo. Tendrían más éxito intentando que Tía Mathilda les diese vacaciones que tratando de exprimir información de Júpiter Jones antes de que este estuviera preparado para decírsela.

Una vez que los muchachos se hubieron cambiado poniéndose sus “trajes de vigilancia” negros se untaron por turno sus rostros con betún. Cuando ya estuvieron disfrazados a gusto de Júpiter apagaron la luz e hicieron en silencio el camino de salida a través del Túnel Dos, donde les esperaban sus bicicletas. Con cuidado al salir del Patio Salvaje, los tres amigos avanzaron tranquilamente por las calles desiertas de Rocky Beach. Faltaban unos minutos para las ocho en punto y los muchachos estaban tomando una ruta disimulada por las callejas traseras a fin de llegar al distrito comercial del centro sin que los viesan. Júpiter había colgado



en bandolera la mochila de sus “útiles de vigilancia” antes de abandonar el Patio Salvaje y ahora él y Bob hablaban animadamente sobre diversas técnicas de vigilancia mientras Pete –que tenía una fuerte aversión a cualquier cosa que pudiera ser remotamente peligrosa– les seguía rezagado.

– De vigilancia... –murmuraba Pete– ¿Por qué no podemos dejar a los profesionales que se ocupen de esto? ¡Para eso pagamos a la Policía!

Júpiter poseía un talento natural que le permitía transformar su cara y su actitud provocando la ilusión de que era mucho mayor de edad. Ahora estaba muy erguido en el asiento de la bicicleta y mantenía proyectado hacia delante su mentón.

– No me cabe duda de que nuestra Policía local esta noche estará también dando comienzo a una actividad de vigilancia. Pero nuestros ojos son jóvenes y agudos, y pueden percibir muchas cosas que para los adultos quedan en la oscuridad. Resulta esencial que nosotros emprendamos nuestra propia operación.

Pete suspiró con exasperación.

– ¡Jupe, hay veces que creo que sabes más de lo que te conviene!

– Seguramente tienes razón, Segundo –dijo Bob, con una risita–. Pero piensa en lo aburrida que sería nuestra vida sin él.

– Muy gracioso, compañeros –gruñó Júpiter, poniéndose serio–. Pero es necesario que recordemos que los hombres del Jefe Reynolds han estado bajo mucha presión con toda la actividad delictiva que ha acontecido últimamente en Rocky Beach. Y sabemos por experiencia que no les gusta la idea de que unos chicos hagan el trabajo por ellos. De modo que resulta imperioso que esta noche permanezcamos sin ser vistos.

Los dos muchachos asintieron solemnemente.

– ¿Qué tenía que decir Skinny acerca de los robos, Jupe? –preguntó Bob– ¿Llegó el Jefe a hablar con él?

– Me temo que no, Bob. Skinny está evitando la ciudad. Su madre ha dicho que se ha ido un par de semanas con un primo de Seaside.

— ¡Ese soplón! –exclamó con furia Pete, entrechocando los puños –
¡Espera a que le ponga las manos encima!

— En realidad, ya he eliminado a Skinny como sospechoso –les informó Júpiter mientras recorrían un callejón oscuro a sólo un bloque del centro—. Este asunto es demasiado intrincado para los gustos de E. Skinner Norris. Además, nunca habría tenido el coraje de montar un embrollo de esta magnitud.

— Me apunto a eso –Bob se mostró de acuerdo—. De una forma u otra Skinny se tropezó con el ladrón, o ladrones, pero es más que probable que ahí se acabe la relación. Lo averiguaremos en cuanto el Jefe lo haya localizado.

Siguiendo a Júpiter, Bob y Pete aminoraron la marcha y se detuvieron, encadenando las bicicletas a una barandilla. Júpiter desempaquetó el bulto trasero de la suya y hurgó dentro de él. Al observar cómo Júpiter se cargaba el bulto al hombro, la curiosidad de Pete pudo por fin con él. En el curso de muchas investigaciones el segundo investigador había aprendido a esperar lo inesperado de Júpiter Jones.

— Vale, ya está bien de secretos, ¿qué hay en la bolsa, Jones?

Jupe hizo una mueca.

— Un juego de materiales que pueden demostrar ser eficaces en tanto que elementos auxiliares de nuestra vigilancia.

— Lo que quiere decir es que ahí tiene cosas que nos vendrán bien –interpretó Bob con un gesto guasón.

— Una manera vulgar de decirlo, pero básicamente correcta, Archivos –replicó Júpiter, y empezó a repartir el contenido de la bolsa –. Nuestros walkie-talkies, que nos mantendrán en contacto hasta a cinco manzanas de distancia. Linternas, trozos sueltos de tiza, tres pares de prismáticos, tres botellas de refresco de naranja y algunas de las mundialmente famosas galletas con trocitos de chocolate de la tía Mathilda... ¡Nunca se sabe cuánto puede durar un acecho! –sonrió Júpiter, tomando un superbocado.

— Colega, para estar preparado ¡confía en Júpiter! –bromeó Bob.

Entonces Júpiter se puso muy serio.

– ¿Los dos habéis recibido permiso de vuestra familia para estar esta noche fuera hasta tarde?

Bob y Pete asintieron animadamente.

– En tal caso, perfectamente, muchachos. ¡A por el ladrón!

Media hora después, los Tres Investigadores habían tomado posesión de sus puestos de observación según había dispuesto Júpiter. El primer investigador estaba acurrucado en un hueco justamente del otro lado de la calle frente a la ferretería Green's. A una manzana de distancia, Bob estaba agazapado en un portal frente a la ferretería.

Pete, el más ágil y de pies más fiables, temblaba sobre el techo de la ferretería Green's; pues, aunque era verano, las noches podían llegar a ser bastante frías a lo largo de la línea costera, en particular si había niebla. Y ahora, al aproximarse las nueve en punto y casi haberse puesto el sol, Pete tuvo que subirse el cuello hasta las orejas.

El segundo investigador miraba cautelosamente por encima de la fachada del almacén de ferretería. Pensaba que la niebla se había espesado considerablemente en el transcurso de la última hora. Incluso la calle Mayor, que solía tener actividad las tardes de los viernes con chavales de los colegios, se veía misteriosamente desierta. Ocasionalmente se oía el susurro de unos pocos coches, que alumbraban con sus faros la noche como luciérnagas. Pete maldijo su mala suerte por tener que estar plantado sobre un edificio con un tiempo tan desapacible: lo único que esperaba encontrar aquella noche era un buen resfriado.

En un intento por dejar de pensar en el frío decidió probar su walkie-talkie. Los walkie-talkies eran otra de las mejoras introducidas por Júpiter desde que los muchachos habían comenzado su empresa de investigación. Consistían en un emisor-receptor portátil con un hilo de cobre que iba desde el aparato hasta un cinturón especial que cada uno llevaba. El cinturón y el cable actuaban como antena.

– Primer Investigador, adelante –susurró Pete ante el aparato–. Primer Investigador, adelante. Cambio.

Hubo un corto chasquido de estática, y después de oyó la voz de Júpiter, débil pero clara.

– Aquí Primero. ¿Algo de lo que informar, Segundo? Cambio.

– No mucho –dijo Pete–. Intentando tan sólo que mis labios no se congelen.

Inclinó el cuello para observar otra vez por encima de la fachada del edificio.

– Aquí la niebla es bastante espesa. Apenas puedo ver la calle. ¿Puedes tú ver algo allí abajo? Cambio

– Negativo –contestó la voz metálica de Jupe–. Me temo que hemos elegido la peor noche posible para montar una vigilancia. La niebla es como sopa de guisantes. Bueno, mantén los ojos y los oídos abiertos –aconsejó el rechoncho investigador.

– ¡Y procura mantenerte en calor! –tintineó en una risa la voz de Bob–. Cambio y corto.

– ¡Muy gracioso, Archivos! –dijo Pete sarcásticamente– ¡Ya te cambiaré y te cortaré yo!

Pete se metió tranquilamente el walkie-talkie en el bolsillo y se colocó en el lugar más cómodo que pudo encontrar, buscando una posición estable para enfrentarse a la larga noche. Los minutos se arrastraban y parecían durar horas. Las articulaciones de Pete se anquilosaban y su cerebro parecía irse llenando de la misma niebla de la noche.

Estaba soñando que se encontraba perdido en la niebla en una playa larga y estrecha. El rugido de las olas del mar sonaba muy fuerte en sus oídos. Con el rabillo del ojo Pete percibió el atisbo de un espectro sombrío que parecía precipitarse a través de la bruma, muy cerca, haciendo un curioso crujido con sus pies en la arena. Atemorizado, cogió aire y echó a correr a ciegas a lo largo de la costa amortajada, pero parecía que cuanto más corría más cerca estaba el monstruo ¡hasta que la bestia estuvo justo a sus talones! Pete cayó en la arena y gritó...

El Segundo Investigador se despertó sobresaltado, aún fresco el grito en sus labios. Suspiró profundamente cuando entendió que sólo había sido un sueño.

¿Un sueño? Eso significaba ¡que se había quedado dormido! Pete se arriesgó a lanzar un destello de linterna para mirar su reloj de pulsera, pero este se había parado: ¡marcaba todavía las siete! Pete tragó saliva y se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado dormido. Jupe se pondría furioso cuando le dijera que se había quedado traspuesto durante una vigilancia oficial.

Lo último que recordaba era que Jupe había pedido silencio de radio, pues el Primer Investigador se había sentido seguro de que algo podría estar a punto de suceder... y ya no podía acordarse de nada más que de lo que había soñado. Pete estiró sus largas piernas y bostezó. Frotándose los ojos miró hacia el otro lado del techo donde estaba situado el almacén de licores El Viñedo, y experimentó una sacudida de sorpresa.

¡Alguien se estaba moviendo en la niebla!

5

Un ruido en la oscuridad

PETE SALTÓ sobre sus pies y dio un breve masaje a sus articulaciones agarrotadas. El alto investigador fue al otro lado del tejado, trotando, con el corazón batiéndole fuertemente en el pecho. Se le ocurrió dar un grito al intruso pero se lo pensó mejor. El cerebro de Pete discurría a toda prisa. ¿El ladrón estaba arrinconado? ¿O había tomado la delantera a sus compañeros? No se acordaba de la última vez que había oído siquiera un pitido procedente de Júpiter o de Bob. Se decidió y se giró buscando su walkie-talkie.

– ¡Primero! –gritó– ¿Me recibes? ¡Vamos, Jupe!

En tanto que Pete observaba al intruso desde el tejado, Jupe se ponía repentinamente en pie en el oscuro portal que compartía con un gato callejero que había tomado interés por sus galletitas de chocolate. ¿Había oído algo? Había sonado como metal rascando otro metal. Se apartó de la puerta sobre la que se había apoyado durante la hora anterior. Júpiter apagó su walkie-talkie –cualquier charla innecesaria podría delatar su presencia– y se retiró de la puerta todo lo que creyó prudente, pues, incluso con la niebla espesa que le facilitaba una cobertura natural, no deseaba revelar su escondite en aquel hueco sombrío avanzando hasta el resplandor difuso de los faroles. El orondo muchacho contuvo la respiración y agudizó el oído para captar el sonido de roce de metal. Agarró su linterna –con la intención de usarla como arma si se diera el caso-. Justo cuando ya se había convencido de que se había imaginado el ruido, volvió el suave sonido como de rascado.

A Júpiter se le puso el pelo de punta: la manilla de la puerta empezó a girar silenciosamente. Jupe oyó cómo se descorría el pestillo y se quedó observando en tensión mientras la vacía oscuridad se hacía más intensa. La puerta se abrió en un lento

bostezo y una figura de negro dio un paso cautelosamente. Júpiter tragó saliva mientras su cerebro trabajaba a toda prisa buscando desesperadamente algo que decir. Por fin, barbotó lo primero que le vino a la mente.

– Perdone, señor. Me estaba preguntando si podría usted orientarme -. Hizo una mueca dolorida ante su torpe excusa, considerando que llevaba unos prismáticos colgando del cuello.

Sorprendido por la presencia de Júpiter en aquel nicho oscuro, el hombre dio un paso atrás a través del portal en sombras.

– ¡Diantre, hijo, menudo susto me has dado! –graznó el hombre – ¡Te arriesgas a un buen golpe de nariz escondiéndote en la oscuridad y asustando así a la gente!

– Lo siento, señor –dijo Júpiter, continuando con su historia– . Simplemente, estoy perdido. Esperaba que pudiera decirme dónde encontrar la calle de la Concordia.

– ¿La calle de la Concordia? –habló el hombre, con tono áspero– . Lo siento, chaval, no estás de suerte. No soy de por aquí. Me llamo Jensen y vendo seguros de una compañía de San Francisco.

Júpiter se dio cuenta de que había estado reteniendo el aliento y dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

Repentinamente, la escalofriante quietud de la noche fue hecha trizas por el ruido estridente de una campana.

– ¡Una alarma de seguridad! –gritó Jupe.

– ¿Sabrías decir de qué edificio viene el sonido? –inquirió el llamado Jensen.

Júpiter paseó sus prismáticos arriba y debajo de la calle llena de neblina. A sus ojos llegó un destello rojizo.

– Es en el salón recreativo de vídeos –exclamó– ¡El Pozo Minero!

Abandonó su posición y corrió al sprint a través de la calle desierta, con el vendedor pisándole los talones.

— Es justamente la puerta siguiente a la Ferretería Green's — jadeó Jupe — ¡Quizá Pete haya visto a alguien!

Jupe, con su recia constitución, fue enseguida rebasado por Jensen, que corría junto a él a zancadas.

— ¡Dirijámonos a la parte trasera! —gritó Jensen— ¡Podríamos cogerle mientras trata de huir!

Júpiter no tenía tiempo para discutir. Se apresuraron en la niebla hacia la esquina más cercana y después por la acera hacia el callejón, seguidos de sus sombras, que se proyectaban delante de ellos largas y ominosas. Cuando los perseguidores doblaban la esquina para entrar en el callejón trasero sus pies se enredaron accidentalmente y cayeron los dos torpemente sobre el duro pavimento en un amasijo de brazos y piernas.

Jensen se sentó despacio y se frotó un chichón en la cabeza.

— ¿Estás bien, chaval? —preguntó, un poco aturdido.

— Sobreviviré —contestó Jupe, inspeccionando sus pantalones, que se habían rasgado—. Sólo unas rozaduras de poca importancia.

La alarma contra ladrones sonaba tan alta que casi tenían que gritarse aun cuando estaban sentados uno al lado de otro. Júpiter se calló de repente y quedó boquiabierto.

— ¡Mire! —gritó, apuntando a la entrada trasera de El Pozo Minero-- ¡Ese ventanuco de debajo del contenedor está abierto!

Ambos se incorporaron y corrieron hacia la ventana abierta.

— ¡Aquí, chaval! Te daré un empujón —ofreció Jensen, poniéndose a cuatro patas—. Usa mi espalda. ¡Yo estaré justo detrás de ti!

Con un ligero esfuerzo Jupe encogió el estómago y se introdujo por el ventanuco. Se fue arrastrando todo lo suavemente que pudo por aquel reducido espacio, girando su cuerpo de manera que pudiese aterrizar con los pies. Jupe se detuvo un momento en el marco de la ventana, pues su instinto le estaba intentando decir algo desesperadamente. Tenía el incómodo presentimiento de que

en aquella escena había algo que no estaba correcto, pero no podía señalar qué era por más que se esforzase. Finalmente, lo dejó estar y se dejó caer al suelo.

– ¡Ya estoy dentro! –voceó.

No hubo respuesta.

– ¿Jensen?

Júpiter esperó que el viajante entrara escalando por la ventana.

– ¿Jensen? –volvió a llamar.

Empezó a experimentar una sensación desagradable cuando, para su sorpresa, arrojaron una bolsa pequeña a través de la ventana, que cayó a sus pies con estrépito metálico. Jupe recogió cautelosamente la bolsa, que resultó ser pesada, y la inspeccionó. En el exterior de la bolsa se leía en letras grandes

BANCO FEDERAL DE ROCKY BEACH
BOLSA DE DEPÓSITO

Jupe abrió la cremallera lentamente y levantó la bolsa hasta el débil rayo de luz que entraba por la ventana abierta: del interior surgió un destello plateado. Los ojos de Júpiter se agrandaron cuando por fin comprendió la serie desconcertante de acontecimientos y lo que trataba de decirle aquella insidiosa sensación: ¡la bolsa estaba abarrotada de dinero! El muchacho, cuyo rostro semejaba el de un búho, supo en un instante que si hubiera investigado el salón recreativo habría encontrado varios videojuegos descerrajados ¡y sin su depósito de monedas!

De pronto, sin previo aviso, una luz intensa cortó la oscuridad y se reflejó en sus ojos.

– ¡No te muevas, chico! –el chillido de una voz bronca se dejó oír por encima del gemido de la alarma– ¡Estás arrestado!

6

Cogidos “in fraganti”

– ¡ESTÁS ARRESTADO! –gritó el Jefe Reynolds.

Júpiter Jones quedó iluminado por el desagradable fulgor de una linterna, boquiabierto, cegado por el brillo del foco. Se protegió la redonda cara con el brazo y miró con ojos entornados hacia la linterna.

Bob apareció junto al Jefe.

– ¡Jupe! –gritó con desmayo– ¿Qué estás haciendo aquí?

El Jefe Reynolds miró sorprendido a Bob.

– Yo podría hacerle a usted la misma pregunta, señor Andrews.

Después dirigió una mirada al rollizo investigador.

– Jones, ¿qué diantre está pasando aquí?

El Primer Investigador, que por lo habitual estaba tan seguro de sí mismo que a veces podía incluso parecer engreído a los que no le conocieran bien, se encontró falto de palabras por segunda vez en dos días.

– E... entré por la v... ventana.

– ¡En serio que estoy esperando una buena explicación, joven!
–dijo impaciente el Jefe.

En alguna parte un oficial de policía dio con el interruptor principal de la luz y las luces superiores parpadearon. La alarma se extinguió con un zumbido.

Júpiter se irguió y carraspeó. Era evidente que se había dejado engañar completamente por el hombre que se llamaba a sí mismo Jensen. Recuperando su ingenio, pasó revista a la serie de acontecimientos que habían conducido a que fuera descubierto en el interior del salón sosteniendo una bolsa de dinero.

– Todo comenzó... –dijo.

Pero Jupe no tuvo ocasión de explicarse, porque fue interrumpido una vez más por otra campana estridente.

— ¡Eso es otra alarma! –gritó Bob, agarrando del brazo a Júpiter.

Uno de los hombres de Reynolds llegó corriendo desde el frente del almacén.

— ¡Alguien ha entrado en el almacén de licores El Viñedo, a dos edificios de aquí! –dijo el policía excitadamente—. Y está atrapado dentro: ¡tenemos cubiertas todas las salidas!

El Jefe Reynolds se caló la gorra en la cabeza y corrió hacia la puerta delantera.

— ¡Vamos! –ordenó— ¡Tú también, Jones!

A Júpiter no le hizo falta que se lo dijeran dos veces. Él y Bob iban pegados al Jefe mientras salían precipitándose en la noche neblinosa y corrían al sprint hacia el almacén de licores “El Viñedo”.

Se apelotonaron en la puerta delantera e inmediatamente comenzaron a hacer visera con las manos en el vidrio intentando atisbar el interior del tenebroso almacén. El Jefe Reynolds revolvió su gran aro con llaves buscando la llave maestra que abría todos los establecimientos del centro comercial. Cuando el timbre de alarma se detuvo, el Jefe dio una voz al ladrón atrapado dentro del almacén.

— ¡Voy a encender las luces y a entrar! ¡No se mueva! ¡Póngase de rodillas con las manos en la cabeza!

El Jefe sacó su porra y empezó a moverse cautelosamente por el almacén. Se volvió hacia Jupe y Bob con la mandíbula apretada y susurró:

— ¡Quedaos aquí vosotros dos!

Bob y Jupe observaron cómo el policía avanzaba hacia el interior. Se miraron y supieron qué era exactamente lo que cada uno pensaba. ¡Tenían que conocer quién era el ladrón!

— Nos mantendremos fuera del alcance de la vista –susurró Júpiter.

De puntillas, entraron sigilosamente mientras las luces seguían parpadeando. Los chicos se movieron poco a poco alrededor de la nave central y advirtieron una cuerda de nylon que colgaba de un respiradero –un elemento con el que estaban demasiado familiarizados—. Cuando llegaron hasta el ladrón arrodillado en el suelo, ambos dijeron sofocadamente al mismo tiempo:

– ¡Pete!

Pete andaba de rodillas dándole la espalda al grupo, con las manos encima de la cabeza. Cuando estiró el cuello para mirar, Jupe y Bob vieron que tenía los ojos grandes como platos.

– No es lo que parece –se lamentó—. Me engañaron como a un tonto. ¡Os aseguro que es la verdad!

El Jefe Reynolds tomó la iniciativa.

– Busquen en el resto del almacén –indicó a sus agentes— Levántate, Pete, y dinos lo que ha sucedido.

Pete se levantó con timidez y carraspeó.

– Me quedé dormido durante la vigilancia... –empezó.

– ¿Vigilancia? –preguntó el Jefe— ¿Qué vigilancia?

– Estábamos acechando los negocios del centro –explicó Júpiter— Queríamos aprehender al criminal que se tomaba tantas molestias para inculparnos.

– Eso es peligroso –dijo el Jefe con seriedad— Podríais haberos herido. Ya sé que crees que eres una especie de Sherlock Holmes, Júpiter Jones, pero esto deberías haberlo dejado a cargo de la Policía.

– Sí, señor –asintió Júpiter, y, deseoso de cambiar de asunto, se volvió hacia Pete—. Continúa tu relato, Segundo.

Pete se encogió de hombros.

– Bueno, cuando me desperté creí ver a alguien sobre la azotea contigua. Salté a esa azotea, y después a la siguiente, que era la del almacén de licores “El Viñedo”. Y entonces vi que la claraboya estaba abierta y que una cuerda colgaba hacia el interior del

almacén. Como vosotros, compañeros, no respondíais con los walkie-talkies, decidí intentar capturar yo mismo al ladrón.

— Fue un acto de valor, Pete —concedió el Jefe Reynolds—. Pero también muy arriesgado. Deberías haber dado la alarma desde las azoteas.

Pete miró hacia sus zapatillas de deporte.

— Supongo que no estaba pensando en lo que hacía —dijo—. El caso es que bajé por la cuerda y en cuanto toqué el suelo sonó la alarma. ¡Por poco me da un ataque!

El Jefe tenía un aspecto severo.

— Estamos tratando, claramente, con un ladrón poco corriente —dijo con seriedad—. Hay alguien que está haciendo todo lo necesario para desacreditaros, muchachos, ¡y está empezando a ser peligroso!

Miró directamente a Júpiter.

— De ahora en adelante quiero que te quedes en casa, Jones. ¡Este es un asunto estrictamente policial!

Jupe parecía decaído. Lo que más aborrecía era abandonar en medio de un misterio.

— Pero Jefe... —empezó.

— Nada de peros —dijo firmemente—. No vas a salir de casa, ¿entendido?

Bob, Pete y Júpiter recogieron su equipo y salieron caminando a la noche neblinosa en dirección a sus casas. Cada uno pensaba que se habían enfrentado por fin a su primera derrota como investigadores.

Y mientras tanto el anodino sedán negro les estaba siguiendo como la sombra de un gran depredador.

7

Júpiter sospecha

AL DÍA SIGUIENTE los muchachos se encontraron en el Patio Salvaje de los Jones. Bob y Pete se acomodaron alrededor del gran escritorio del Puesto de Mando con rostros de expresión abatida. Bob pasaba hojas de una revista, mientras que Pete estaba sentado con la barbilla entre las palmas y suspirando.

De repente asomó del Túnel Dos la cabeza de Jupe. Sonreía jovialmente.

— ¿Por qué estás tan contento? -interrogó Bob, suspicaz.

— Tía Mathilda debe de haber hecho tortitas para desayunar -dijo Pete, tratando de bromear.

— Pues en efecto, tía Mathilda sí ha hecho tortitas para desayunar -dijo Jupe—. Pero no es por eso por lo que estoy sonriendo -añadió con aire misterioso.

Bob empujó a un lado la revista que había estado hojeando.

— Acabamos de enfrentarnos a nuestro primer caso sin resolver y tú actúas como si no hubiera sucedido nada -dijo— ¿Qué te pasa?

Jupe sólo le estaba escuchando a medias: revolvía afanosamente en la parte trasera del remolque buscando cierto material en uno de los armaritos del Puesto de Mando.

— ¡Ajá! -exclamó— ¡Aquí está!

Sacó el aparato de seguimiento que había construido tiempo atrás con motivo de un caso. Una cajita de metal dejaba gotear un líquido a ritmo regular cuando se la adhería a un vehículo mediante el potente imán de su dorso. Los chicos sólo tenían que seguir el rastro.

— Este caso está lejos de haber quedado sin resolver—manifestó Jupe—. Y de hecho podemos estar más cerca de resolverlo de lo que pensamos.

— ¿Qué? -gritó Bob— ¡El Jefe Reynolds dijo que estábamos fuera del asunto!

– Negativo –dijo Jupe con una sonrisa de astucia en su cara redonda—. Lo que dijo fue “quédate en casa”: específicamente, que yo me quedara en casa –prosiguió triunfante– ¡Nunca os dijo a vosotros que os quedarais en casa, y desde luego no dijo que estuviéramos fuera del asunto!

Bob y Pete tenían la suficiente experiencia como para evitar la discusión con Júpiter en lo tocante a cuestiones memorísticas. La memoria de Júpiter era fotográfica y eso significaba que era muy capaz de recordar, palabra por palabra, lo que la gente decía, y de repetirlo cada vez que le hacía falta.

Bob y Pete se levantaron excitados.

– ¿Qué tienes pensado, Primero? –preguntó Bob.

– Anoche estaba tumbado en la cama –dijo Jupe con entusiasmo– Pensando en este caso se me ocurrió que hay una persona concreta en Rocky Beach que tendría mucho que ganar desacreditándonos. De hecho, esta persona obtendría una ganancia de cuatro mil dólares, exactamente. Él mismo se lo dijo a Bob.

– No lo cojo – dijo Pete.

Bob pensó durante unos segundos y después chasqueó los dedos con excitación.

– Júpiter se refiere a Leo Magallanes, el historiador de arte que va a compartir el dinero del premio del Rotary Club con nosotros – gritó Bob – ¡Claro! ¿Por qué no pensé en eso?

– Tampoco a mí se me ocurrió, Bob, hasta anoche – respondió Júpiter—. Verdaderamente debería haber llegado a esa conclusión desde un principio – dijo, criticándose a sí mismo por haber pasado por alto algo evidente.

Pete creyó entenderlo al fin.

– O sea que Magallanes nos implica los robos con la esperanza de manchar nuestro nombre y así poder embolsarse él todo el premio, ¿no es eso?

– Precisamente, Pete – le confirmó Júpiter – y ahora vosotros dos iréis al Museo de Artes y Ciencias de Rocky Beach, donde uno hará

frente al señor Magallanes mientras el otro observa lo que sucede desde cierta distancia. Luego, después de haberle abordado, le seguiréis.

Bob presentaba aspecto pensativo.

– ¿Crees que se pondrá nervioso al vernos y que cometerá algún desliz?

– Creo que sí. Y cuando lo haga lo tendremos todo grabado en cinta.

Jupe sacó una mini- grabadora de un cajón de uno de los muchos archivadores que se alineaban en una de las paredes del Puesto de Mando.

– Poned esto a grabar cuando habléis con él. Mi esperanza es que se altere lo suficiente o, lo que es más probable, que se ponga lo bastante arrogante sólo porque sois chicos, como para deslizarse alguna indiscreción – explicó Jupe -. Entonces tendremos lo que necesitamos para limpiar nuestro nombre.

Pete se mostró escéptico.

– Suena bien, Jupe, pero ¿qué pasa si Magallanes no tiene ganas de hablar? Todos saben que le caen mal los chavales. Dudo que nos dedique su tiempo.

– Tengo el presentimiento de que con sólo veros ya obtendremos una conducta paranoica – explicó Júpiter -. No obstante, uno de vosotros ha de acercarse a él y hablarle. No queremos usar el dispositivo de seguimiento sino como último recurso. Recordad: el Jefe Reynolds no quiere que nos involucremos más.

– ¿Vamos ya? – preguntó Bob.

– No, esperemos a que se acerque la hora de cierre del Museo, para que podáis ver a dónde va si es que hubiera necesidad – respondió Jupe.

– Ok, dijo Bob – En tal caso iré rápidamente a casa y estará un par de horas. Le prometí a papá que le ayudaría hoy a limpiar el garaje.

– Muy bien – aprobó Júpiter – Mientras tanto Pete y yo podemos adelantar trabajo para Tía Mathilda, que se ha estado quejando del

gran montón de tablonés que ocupan desde hace tiempo la esquina más alejada del Patio. ¿Se sorprenderá de que nos ocupemos de ello si que nos lo haya pedido’

– Pero después de un almuerzo de emparedados de jamón, patatas fritas, galletas y limonada, por supuesto – dijo Pete con una mueca-

– Por supuesto – Júpiter se mostró de acuerdo, relamiéndose los labios.

Los tres muchachos se precipitaron al exterior del remolque entre rugidos de estómagos vacíos.

8

El hombre que aborrecía a los chicos

YA ERA POR LA TARDE cuando Bob pedaleaba en su bicicleta de vuelta al Patio Salvaje de los Jones. Se bajó con agilidad y extrajo un nudo de uno de los tablones de la valla. Metiendo los dedos, tiró de una palanca que activaba la Puerta Verde Uno, y de este modo se introdujo en el taller al aire libre de Júpiter. Pete y Jupe ya estaban allí.

— ¿Listos para irnos? — preguntó Bob.

— No veo por qué tengo que hablar con este tío —refunfuñaba Pete—. Bob es mejor que yo para estas cosas.

Jupe estaba ocupado poniendo una cassette virgen en la pequeña grabadora.

— Será una buena práctica, Segundo —le dijo—. Recuerda —añadió— que has de estar bien erguido, hablar despacio y con claridad, y comportarte como haría un adulto en la misma situación.

— Pero, ¿qué voy a preguntarle? —exclamó Pete, pasando los dedos por el pelo nerviosamente.

Júpiter se reclinó contra la prensa y pensó durante un momento qué diría él en esa situación. Por fin asintió.

— Simplemente di que estás elaborando un informe sobre la delincuencia, para el colegio. Pregúntale al señor Magallanes si el museo dispone de medidas de seguridad frente a posibles asaltos. Y observa cuál es su reacción. Continúa en esa línea de preguntas viendo qué sucede —Jupe le explicó pacientemente—. Si reacciona en la forma en que yo creo que lo hará, con ese temperamento suyo tan fuerte, tendremos bastante grabado en cinta como para resolver este caso antes de que anochezca.

— Sigo sin ver por qué Bob se libra tan fácilmente —murmuró Pete para sí.



— En el próximo caso yo asumiré el trabajo sucio –bromeó Bob al tiempo que empujaba su bici fuera de la entrada secreta—. Pero ahora, vamos.

— Estaré junto al teléfono por si hay cualquier eventualidad –les gritó Jupe desde detrás de ellos.

Bob asintió como muestra de que había comprendido, mientras los dos daban pedales hacia el museo de arte.

Sólo habían recorrido un par de manzanas cuando Bob se volvió hacia Pete con cara de ansiedad.

— ¿Pasa algo malo? –preguntó Pete.

— Quizá me equivoco –susurró Bob— ¡pero me parece que alguien está siguiéndonos!

— ¿Dónde? –preguntó Pete—. Jupe le había enseñado hacía tiempo que un investigador jamás debería darse la vuelta para ver si le estaban siguiendo, porque, al volverse, advertiría al perseguidor de que le habían descubierto. Así que esperó a que Bob se explicase.

— Un coche negro a una manzana más o menos de nosotros. Me di cuenta mientras salíamos del Patio Salvaje.

— ¿Crees que deberíamos seguir el procedimiento del neumático deshinchado?

Bob asintió con la cabeza. El método del neumático deshinchado era algo que a Jupe se le había ocurrido para ocasiones así. Pete se paró en seco y saltó de la bici mientras Bob giraba en torno de él para examinar su neumático. Pete comprobó los radios y tanteó su neumático delantero varias veces, repasándolo enteramente. Esto brindó a Bob mucho tiempo para echar una buena mirada al coche negro.

— O era una falsa alarma, o nos ha visto –dijo Bob—. Ha torcido en la primera esquina.

Varios minutos después los muchachos circulaban tranquilamente por una rotonda flanqueada de árboles que se abría ofreciendo una vista espléndida del museo, un gran edificio de piedra con columnas de mármol. Una enorme fuente con dos ángeles

estaba emplazada enfrente, y unos colgantes de diversos colores anunciaban las exposiciones que estaban teniendo lugar.

A Bob el museo le gustó. Él y Jupe visitaban museos a menudo aunque no tuvieran relación con ningún caso. Por el contrario, Pete prefería los deportes al arte y sólo entraba en un museo cuando una investigación lo exigía. Le gustaba mucho más surfear o ver béisbol con su padre, y no podía imaginar nada más aburrido que un museo.

Al acercarse a la amplia escalinata blanca que ascendía a la entrada delantera Bob le susurró intensamente a su compañero:

— ¡Pete, mira!

Pete miró fijamente a la dirección a la que Bob apuntaba. Leo Magallanes estaba en el aparcamiento del museo saliendo de su coche. ¡Un sedán negro! El director del museo empujó las llaves dentro de su bolsillo y, hablando consigo mismo, caminó de prisa hacia una entrada lateral del museo. Parecía estar presa de una gran excitación.

— Me pregunto a dónde habrá ido con el día ya tan avanzado —se preguntó Pete en voz alta—. ¿Te das cuenta de si es el mismo coche, Archivos?

Bob dudó.

— Es difícil decirlo con seguridad. Sospecho que se parece.

— Bueno, terminemos con esto —suspiró Pete.

Bob empujó la bicicleta hacia el aparcamiento y sacó el dispositivo de rastreo de su bolsillo, mientras Pete aparcaba la suya y subía los empinados escalones en dirección a la entrada delantera del museo. Pete se detuvo en la parte superior y se volvió a mirar a Bob. El encargado de archivos e investigación ofreció a su amigo una sonrisa victoriosa y levantó los pulgares.

Pete inspiró profundamente. “Haz lo que haría Júpiter”, se decía. Puso el pequeño magnetófono en posición de grabación y penetró en el edificio.

En el amplio vestíbulo había una quietud sepulcral. El esqueleto de un imponente *Tyrannosaurus Rex* miró a Pete con expresión

hambrienta mientras el Segundo Investigador buscaba a Leo Magallanes. Tal como se desarrollaron las cosas no tuvo que buscar demasiado. De hecho sólo tuvo que seguir su oído. Desde algún lugar en la segunda planta venía la voz de Magallanes gritándole a alguien, con un tono nasal que provocaba ecos en todo el complejo. Un pasamanos largo y repulido formaba una barandilla ornamental a un lado de las escaleras. Tragando saliva, Pete lo agarró y comenzó a subir escalones.

— ¡Chavales! —estaba gritando Magallanes—. Pues claro: esto tenía que tener relación con chavales. Pero por qué alguien pinta con spray signos de interrogación en jarrones de la dinastía Won, eso no puedo entenderlo. ¡Arreglarlo le va a costar al museo un diner! Y usted dice que es vigilante de seguridad...

Al dar la vuelta a una esquina Pete pudo ver a Leo Magallanes apuntando con el dedo a un hombre de uniforme con pelo cortado a cepillo y una pistola al cinto. Magallanes era un hombre muy bajito con pobladas cejas negras. A Pete le pareció una pendenciera rata almizclera.

Seguía gritándole al guardia de seguridad, que había enrojecido.

— Ya es hora de empezar a utilizar algo diferente a los cordones de terciopelo para mantener a estos vándalos alejados de las exposiciones. ¿Para qué cree que le pago?

Pete oyó al consternado vigilante rezongar una respuesta enfadada.

— No era mi turno, señor Magallanes. El que estaba en esta planta anoche era Jensen.

¿Jensen? El cerebro de Pete se agitó. ¿Dónde había oído ese nombre antes? Carraspeó y se acercó al airado director del museo.

— Perdona, señor... —comenzó Pete.

— ¡Este debe de ser uno de ellos! —graznó Magallanes— ¡Detenga a este vándalo!

El fornido vigilante dudó un momento y después dio unos pasos amenazadores hacia Pete.

— Por favor, señor, sólo quería formularle un par de preguntas — rogó.

— La segunda planta está fuera de los límites de las exposiciones, chico. Sugiero que pongas los pies en polvorosa antes de que llame a los polis —dijo el guardián—. A menos, claro, que hayas venido a confesar.

— ¿Es que alguien ha cometido una gamberrada en el museo? — preguntó Pete, que intentaba adoptar su mejor aire de adulto.

— Como si no lo supieras —ironizó Magallanes— ¡Estos condenados chavales de hoy hacen cualquier cosa por tener emociones!

El dedo de Magallanes se volvió acusador hacia Pete.

— ¿Cómo te llamas, muchacho? —graznó, entrecerrando sus brillantes ojos—. Y ¿qué se supone que estás haciendo aquí?

Pete empezó a retroceder hacia las escaleras. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

— Oí gritos —tartamudeó— y necesitaba hablarle, señor...

El maniático director y el corpulento guardia de seguridad comenzaron a avanzar hacia Pete, que ya no malgastó más tiempo. Girando en redondo se montó en la barandilla de mármol y se dejó deslizar en toda su longitud de veinte metros hasta la planta inferior. Sus pies ya estaban corriendo velozmente antes de que tocaran el suelo. Los dos hombres bajaban siguiéndole por el largo tramo de escaleras de forma ruidosa, pero ya el atlético Segundo Investigador había salido por la puerta delantera y se apresuraba hacia su bicicleta.

— ¡Bob! —llamó—. ¡Archivos, ¿dónde estás?!

Pero a Bob no se le veía por ningún sitio. Pete corrió a donde habían aparcado sus bicicletas. ¡La de Bob había desaparecido!

9

El peligro no es ningún desconocido

BOB OBSERVÓ CÓMO PETE entraba en el museo y después se dirigió al sedán negro de Leo Magallanes, situado en el aparcamiento, para adherirle el dispositivo de seguimiento. Estaba a unos nueve metros del coche cuando una manaza carnosa le cubrió la boca y una voz áspera le susurró en su oreja:

— Estate quieto, chaval, o te rompo el cuello.

Bob se vio arrastrado con rudeza hacia una desastrada furgoneta blanca plagada de abolladuras y de óxido; las puertas traseras, deterioradas, estaban abiertas como una boca hambrienta esperando a engullirlo. Trató de zafarse, pero el hombre era demasiado fuerte.

Desesperado, Bob levantó su barbilla violentamente y hundió los dientes todo lo fuerte que pudo en la mano del asaltante, que gritó de dolor. Bob empezó a chillar a todo pulmón:

- ¡Socorro! ¡Es un secuestro! ¡¡Socorro!!

Intentó desengancharse de un tirón, pero el secuestrador fue más rápido y agarró a Bob fríamente por la muñeca con gran fuerza. Bob jadeó dolorido.

El nervudo investigador sólo disponía de unos segundos para formular un plan. Como siempre, trató de pensar en cómo se las arreglaría Jupe en un apuro como aquel. Sin dudarlo ni un momento, Bob se relajó y fingió un desmayo, derrumbándose como un fardo en la acera.

Y mientras lo hacía consiguió adherir, sin que lo vieran, el dispositivo de rastreo al parachoques de la furgoneta, activando este aparato casero. Él y Pete con frecuencia hacían bromas a Júpiter por ser tan sesudo, pero siempre acababan encontrándose agradecidos por sus muchos inventos...

Al tiempo que el fornido secuestrador le agarraba de la camisa y le empujaba sin contemplaciones a la parte trasera de la furgoneta,

Bob intentaba ver al criminal a través de sus párpados. Aunque el hombre misterioso llevaba puesto un pasamontañas, por su constitución pudo darse cuenta de que era un hombre grande y fuerte.

Las puertas se cerraron de golpe y Bob quedó sumido en la oscuridad del interior de la furgoneta. Notó que estaba sobre una lona y que había varias cajas desparramadas de lo que parecían ser herramientas. El investigador, siempre buscando algún recurso, comenzó a revolver frenéticamente entre las cajas de herramientas en busca de un arma, o de algo con lo que pudiera forzar la puerta.

Sólo le quedaba esperar que Pete hubiera visto el rastro del dispositivo de seguimiento y adivinase lo que había sucedido.

Pero Bob cayó pronto en la cuenta de que ¡Pete estaría buscando un rastro que partiese del auto de Magallanes! Sintió que el pánico se adueñaba de él. ¿Comprendería Pete que había puesto el aparato en un coche distinto? Se obligó a sí mismo a mantener la calma: Júpiter siempre predicaba que perder la cabeza en una situación estresante era lo peor que se podía hacer. Mantener la calma era clave y además a Bob Andrews el peligro no le era en absoluto desconocido: no era esta la primera vez que se había visto metido en un embrollo; había salido con bien de todos los anteriores y saldría de este también –si se portaba juiciosamente–.

Habiéndose reafirmado así a sí mismo, comenzó a buscar en la trasera de la furgoneta con vigor renovado. Sus manos asieron el mango rígido de lo que parecía una llave inglesa. Se permitió una mueca: cuando aquel canalla por fin abriese la puerta, se encontraría con que le aguardaba una buena sorpresa.

Bob sintió que la furgoneta aminoraba la marcha. Su corazón latió aún más deprisa. Pasaron una cuesta, volvieron a atravesar un sitio llano, y se detuvieron con una sacudida. Bob oyó una puerta cerrarse y pasos que se acercaban a la trasera de la furgoneta. ¡Agarró fuerte su arma y se dispuso a la batalla! De repente, las puertas de la

furgoneta giraron, abriéndose, y una luz brillante cegó los ojos de Bob cuando este salió blandiéndola.

Pero, para decepción de Bob, su captor reaccionó rápido como el rayo y todos sus intentos de autodefensa fueron pronto neutralizados gracias a algún tipo de arte marcial. El atacante cogió la llave inglesa entre sus manos descubiertas y mediante un giro la retiró sin gran esfuerzo del puño del muchacho. A continuación, el pie del captor salió disparado como una flecha golpeando los pies de Bob por detrás, que se dio un batacazo de espaldas y quedó sin resuello.

Mientras boqueaba para coger aire comprendió algo de repente: este hombre era muy pequeño; el hombre que le había secuestrado era flaco y musculoso. ¡Debían de ser dos compinchados! Ahora que sus ojos se habían adaptado a la luz vio que se encontraba en la cochera de un almacén abandonado. La dura luz del sol desapareció cuando el portón se cerró traqueteando.

Un hombre bajo de aspecto oriental, más o menos de la misma estatura que Bob, estaba en pie ante él con ropa de seda negra. Su cara se arrugó en una sonrisa cruel que descubrió una dentadura irregular y amarillenta.

— ¡Mariposa atrapada en tela de araña! -dijo en un inglés chapurreado—. Ahora esperamos vuelta de araña, ¿hmm? -y el pequeño oriental se rió aviesamente empujando a Bob por un corredor húmedo hasta una sala que tenía el rótulo “oficina” pintado en la puerta. El lugar estaba completamente vacío.

El hombre atenazó con una mano enguantada el hombro de Bob, haciéndole detenerse. Sin mediar palabra empujó un frasco de spray de pintura hacia una mano del muchacho, y con la misma rapidez se lo retiró de ella. Después Bob se vio empujado dentro de la estancia y la puerta se cerró con estrépito detrás de él. No tardó mucho en comprender por qué aquel sujeto le había dado un pulverizador de pintura sólo para quitárselo otra vez. Las paredes estaban cubiertas de pintadas -en concreto, de signos de interrogación-. ¡Y ahora sus

huellas estaban en el bote de pintura! Bob Andrews vio la magnitud de su apuro y le faltó tiempo para examinar su prisión.

Las paredes, desnudas, terminaban en un techo a casi cuatro metros de altura. La única ventana que había se encontraba a más de dos metros del suelo, fuera por completo de su alcance. El suelo era de hormigón y no mostraba grietas o desgastes. A Bob la situación le pareció desesperada. Se dejó caer al suelo, derrotado.

10

Pete salva la situación

PARECÍA QUE HABÍAN TRANSCURRIDO días desde que a Bob lo habían introducido en la trasera de la furgoneta en el aparcamiento del museo.

Mirando su reloj Bob sabía que en realidad sólo habían sido un par de horas. Sin embargo, su esperanza se iba desvaneciendo con la misma rapidez con la que el brillante sol rojo se hundía bajo el horizonte del océano. Al cabo de una hora ya sería de noche – un pensamiento que hizo que el corazón de Bob palpitara con terror.

¿Dónde estaba Pete? ¿No se le había ocurrido que el mecanismo de seguimiento se había colocado en un coche distinto? Probablemente había regresado al Puesto de Mando y había hablado con Júpiter. Jupe volvería al escenario y deduciría pronto lo que había sucedido.

Bob se puso de pie y empezó a caminar por la pequeña oficina arriba y abajo. De pronto su corazón dio un salto. ¿Había oído algo fuera en la ventana? Contuvo la respiración y esperó por si el sonido se repetía.

Ahí estaba otra vez. Un ruido metálico apagado seguido de otro más recio como de roce sobre metal. ¡Había alguien fuera! Bob retrocedió separándose de la pared y levantó la vista hacia la ventana. Apareció una cara entre las sombras del otro lado del cristal.

Bob respiró aliviado. Era Pete atisbando por el cristal. El segundo investigador hizo una mueca y le indicó por gestos que no se moviera mientras él se esforzaba en abrir el marco herrumbroso de la ventana. Por fin se abrió con un chillido de protesta.

Bob miró nervioso hacia la puerta de la oficina, y después hacia arriba a Pete.

– ¿Tienes una cuerda? – susurró.

Pete indicó con la cabeza que no.

– Tírame tu camisa – susurró en respuesta.

Bob se quitó rápidamente la camisa y se la arrojó a Pete, que desapareció de su vista durante lo que pareció una eternidad. Mientras esperaba que volviese Pete, Bob oyó otro ruido. Era el sonido de la puerta del garaje que se abría. ¡Sus atacantes habían vuelto!

– Pete... – susurró – ¡De prisa, Pete!

Bob oyó pasos que se aproximaban.

– Viene alguien –siseó.

Los pasos se acercaban. ¿Dónde estaba Pete?

Justamente entonces la cabeza del muchacho apareció por la ventana. Había partido la camisa de Bob en tiras junto con la suya propia y las había unido para formar un cordón improvisado. Lo echó por la ventana y Bob lo agarraba cuando precisamente ¡la puerta de la oficina se abrió de golpe!

– ¿Así que mariposa agita sus alas, hmm? –dijo el oriental.

Aquel hombre bajito se precipitó dentro del cuarto, al tiempo que Pete tiraba del cordón. Sus dientes amarillentos brillaron en un gesto cruel mientras se las arreglaba para coger con la mano un pie de Bob. Pero no pudo mantenerlo agarrado ya que el chiquillo se movía salvajemente al subir por la cuerda.

Al trepar por la ventana abierta vio que Pete había apilado varios bidones de gasolina unos sobre otros hasta que había podido alcanzar la ventana. ¡El oriental se había cogido al cordón y empezaba a escalar, siguiéndoles! Cuando ya estaba arriba Pete soltó el cordón y saltó a un sitio seguro. Oyó un chillido sorprendido al caer al suelo el atacante. Pete aterrizó en una nube de suciedad, seguido de cerca por su compañero.

– ¡Aay! –gritó Bob.

Una sacudida de dolor le subió desde su pierna derecha, haciéndole jadear. Tiempo atrás había sido lo bastante necio como para intentar una escalada solitaria a las colinas cercanas a Rocky



Beach. Su caída le había provocado en la pierna incontables roturas: un récord, según el doctor Álvarez. Se había visto obligado a llevar un aparato ortopédico hasta que hubo mejorado lo suficiente como para caminar normalmente. Aunque no había llevado el aparato muchos meses, ahora parecía que Bob había forzado la fractura soldada al saltar desde los bidones de gasolina. Pete volvió a toda prisa y le rodeó con su brazo para que se apoyara.

– ¿Estás en condiciones de andar? –preguntó, echando una ojeada hacia la ventana.

Bob apretó los dientes.

– Si, pero no demasiado lejos, ¿vale?

– Tengo escondida la bicicleta en unos arbustos ahí cerca, delante. ¿Puedes llegar?

La cara de Bob tenía aire decidido.

– ¡Vaya que sí! –dijo con tenacidad.

Pete hizo una mueca y ayudó a su amigo a cojear lo más de prisa posible, mirando continuamente por encima del hombro para ver si el asiático los perseguía. Cuando alcanzaron la bicicleta, Pete puso a Bob sentado en el manillar y pedaleó con toda la potencia que pudo en dirección al Patio Salvaje de los Jones.

– ¿Cómo has dado conmigo? –preguntó Bob con alivio– ¿Seguiste el rastro del aparato?

Pete contó su apurada huida de Leo Magallanes y el vigilante.

– Ya no podía regresar al museo hasta que el horario no hubiera acabado –explicó—. Cuando volví no vi ningún rastro en donde estaba aparcado el coche de Magallanes. Sabía que tú no te habrías marchado si no hubieras tenido una buena razón, así que seguí una corazonada y miré por el resto del aparcamiento hasta que encontré el rastro. Lo seguí hasta aquí. Tuviste suerte de que te encontrara en la primera ventana en la que probé.

– ¡Vaya, qué buen trabajo, Pete! – dijo admirado Bob– ¡Espera a que lleguemos al Patio Salvaje y le diga a Jupe la aventura que se ha perdido por quedarse sentado junto al teléfono!

El sol se estaba poniendo en el momento en que Pete hacía rodar su bicicleta a través de los portones de hierro del Patio Salvaje. Konrad los redirigió al taller de Jupe, por donde, según dijo, Jupe había estado deambulando desde que los muchachos se habían ido.

— Jupe de mal humor -advirtió Konrad—. Mejor tened cuidado de no mencionar el trabajo -hizo una graciosa mueca—. Dice que ningún chico americano debería estar trabajando tanto como él.

Los muchachos se rieron y se figuraron lo que había sucedido. La tía Mathilda había arrinconado a Jupe y le había puesto a trabajar en uno de aquellos proyectos interminables de apilar, clasificar, organizar y reconstruir chatarra.

Pete fue en la bicicleta hasta el taller de Júpiter con Bob todavía sentado en el manillar. Encontraron a su rechoncho amigo en una silla portátil con aire malhumorado y pendiente de si parpadeaba la luz especial que se encontraba sobre la prensa de imprimir y que indicaba cuándo había una llamada telefónica en el interior del Puesto de Mando.

Júpiter vio llegar a sus amigos y enseguida advirtió que Bob cojeaba. Inmediatamente su rostro se oscureció de preocupación.

— ¡Estás herido! ¿Qué ha ocurrido? ¿Os encontrasteis en dificultades?

— Y que lo digas -respondió Pete secamente.

— Mientras tú estabas aquí atrapado trabajando a tope para tía Mathilda, nosotros estábamos por ahí encontrando otra pieza del puzzle -bromeó Bob—. Si tía Mathilda y tío Titus te pusieran a trabajar mañana Pete y yo tendríamos este caso chupado -le provocó.

Pero Jupe estaba muy serio.

— Te has hecho daño en la pierna, Archivos. ¡Deberíamos transportarte al hospital ahora mismo!

Bob aceptó con desgana. Quería sinceramente hacer partícipe a Jupe de su excitante jornada, pero tenía que admitir que su pierna le dolía mucho.

– Supongo que es verdad –dijo, levantando los hombros–. Pero te iremos contando por el camino.

– Concedido –dijo Jupe–. He de hacer una llamada de teléfono en el Puesto de Mando y después le pediré a tío Titus que nos lleve al hospital; tú, mientras, llama a tu familia desde la casa y hazles saber lo que ha sucedido.

Momentos más tarde los dos muchachos estaban acomodados en el gran furgón del Patio Salvaje, con Bob sentado en las rodillas de Pete. Pusieron a Júpiter al corriente de los sucesos del día, asegurándose de incluir el hecho de que alguien llamado Jensen trabajaba en el museo y que varios jarrones de la dinastía Won habían sido objeto de una gamberrada pintándoles signos de interrogación.

– ¿Y estás seguro de que la persona que te agarró no era la misma que te sacó de la furgoneta? –preguntó Jupe.

– Positivo –replicó Bob–. El tipo que me agarró era de complexión robusta, muy fuerte. El que me sacó era un hombre de rasgos asiáticos muy corto de talla. Definitivamente, no la misma persona.

Jupe parecía estar perdido en sus pensamientos cuando Konrad aparcó el furgón frente a la puerta del hospital.

– Ya estamos –dijo Konrad–. Llevo dentro a Bob.

– No hace falta, Konrad, tampoco estoy tan mal –protestó este.

– No, Bob, no deberías caminar. Te llevo yo ahora –insistió el bávaro severamente.

Al salir del furgón los muchachos vieron un sedán gris aparcar al lado. Era Worthington, el chófer personal de los chicos.

Algún tiempo atrás Júpiter había ganado el uso de un Rolls-Royce chapado en oro y plata en un concurso patrocinado por la compañía de alquiler de automóviles Rent-’n-Ride. El espléndido vehículo les había venido completo con un auténtico conductor inglés llamado Worthington. En el curso de muchas investigaciones Worthington había llegado a tomar mucho

interés por los casos de los muchachos y ya se consideraba a sí mismo un cuarto investigador oficioso. El educado conductor inglés se unió enseguida al grupo.

– Master Andrews, ¡se ha hecho usted daño! –exclamó.

– No parece gran cosa, Worthington –le explicó Bob–. Me posé en el suelo de mala manera y forcé un poco la pierna.

– Deberíamos dejar que lo diagnosticase el médico –dijo Worthington.

Todos entraron en el vestíbulo donde ya estaban esperando el doctor Álvarez y los padres de Bob. Konrad ayudó a Bob a ir a rayos X y Júpiter se pasó los dedos por el cabello moviendo con disgusto la cabeza.

– Me siento responsable de la lesión de Bob –dijo–. Tendría que haber ido yo mismo y haber dejado a Bob a cargo de las llamadas de teléfono.

-- No puedes echarte la culpa, Primero –le consoló Pete--. ¿Cuántas veces nos hemos metido en apuros durante una investigación? Tú mismo has llegado a estar herido, y yo también. Bob se repondrá en poco tiempo.

-- Master Crenshaw tiene mucha razón –apoyó Worthington--. No debería usted sentirse responsable. Hay un caso por resolver y sus reputaciones están amenazadas. O mucho me equivoco o Master Andrews querría que usted continuase sus pesquisas hasta la solución.

-- Supongo que tiene usted razón –suspiró Júpiter--. No tiene sentido insistir en este asunto. ¿Ha averiguado algo, Worthington?

-- ¿Averiguar? –preguntó Pete--. ¿Averiguar el qué?

-- Tú y Bob no habéis sido los únicos que habéis realizado hoy alguna investigación –dijo Jupe--. Mientras estabais en el museo realicé algunas llamadas. Una de ellas a Worthington, que accedió a practicar averiguaciones para nosotros. Y bien, Worthington, ¿cuál ha sido el resultado?

Worthington se frotó el mentón y carraspeó.

-- Me temo, Master Jones, que aparentemente... sus deducciones eran erróneas por completo.

11

Júpiter se equivoca

-- ¿ERRÓNEAS? - exclamó Jupe--. Pero si estaba segurísimo.

Worthington se encogió de hombros y tomó asiento en el enorme sofá de la sala de espera del hospital.

-- Aproveché mi cualidad de miembro de la Asociación Artística de Rocky Beach para comprobar la lista de asistentes a la reunión de apreciación del arte anoche en el museo -explicó el espigado chófer--. Leo Magallanes estuvo allí desde las seis en punto hasta ya bien pasada la medianoche.

-- En tal caso no hay manera de que haya podido tomar parte en los robos. Y yo estaba tan seguro de que estaría involucrado de alguna forma... -dijo Júpiter--. A no ser que la lista haya sido manipulada. Magallanes pudo hacer que alguien falsificara su firma en el libro de asistentes.

-- Evidentemente, es una posibilidad -admitió Worthington--. Por eso me tomé la libertad de inquirir a varios miembros si, de hecho, habían visto al señor Magallanes en la reunión de apreciación del arte: hay muchos testigos fidedignos que le identificaron positivamente como uno de los asistentes anoche.

-- Pues entonces ese gruñón de Magallanes está libre de dudas -dijo Pete con alivio--. ¡Me alegro de no tener que vérmelas otra vez con su mal carácter! Pero Jupe, si has hecho varias llamadas, ¿con quién más has hablado?

-- La otra persona con la que he hablado es el Jefe Reynolds. Dijo que habían localizado a Skinny Norris en Seaside, pero ese soplón no habla; dice que conoce sus derechos y que no va a hablar sino en presencia de su abogado. Por desgracia, tiene razón... Carezco de orientación para enfocar este caso -suspiró decepcionado.

-- Todavía nos quedan los dos tipos de la furgoneta blanca que agarraron a Bob --propuso Pete--. Quizá trabajen para Magallanes --añadió.

Júpiter pareció rejuvenecer después de meditar en ello unos momentos, y, después, dio una palmada sobre un montón de revistas con renovado vigor.

-- Desde un principio me pareció que Magallanes era un sospechoso demasiado evidente, pero me descuidé y no atendí a mis instintos, por segunda vez en este caso. ¡Y casi perdemos a Bob! --dijo Jupe muy serio--. No volverá a suceder.

-- Entonces, ¿cuál va a ser nuestro siguiente movimiento, Primero?

-- Creo que mañana tendríamos que realizar una visita a ese almacén donde los captores de Bob le llevaron. ¿Creéis que recordaréis como llegar allí?

-- Sin problema --dijo Pete--. Pero mejor me quedo en el Puesto de Mando esperando a que volváis. Ir dos veces allí en dos días no es mi idea de cómo pasármelo bien en mis vacaciones de verano. ¡Gracias, pero no!

Júpiter Jones estaba acostumbrado a este tipo de expresiones del Segundo Investigador. Pete aborrecía intensamente el riesgo, pero al final siempre estaba con sus amigos.

-- Supongo que podrías quedarte en el Puesto de Mando y echar una mano en el Patio --contestó Júpiter lentamente--. Oí a tía Mathilda decirle a Konrad que tío Titus y Hans iban a recoger mañana un cargamento de bañeras con pies en forma de pezuña...

-- ¡No necesito más para quedar convencido! --gritó Pete--. A primera hora de la mañana estaré allí, pero ¿y la advertencia del Jefe Reynolds de que te quedaras en casa, Jupe? --preguntó.

-- Ayer estuve en casa todo el día: tú y Bob podéis atestiguarlo -- Júpiter hizo una mueca-- ¡Y no dijo nunca *durante cuánto tiempo* tenía yo que permanecer en casa!

Bob entró en el cuarto justo entonces en una silla de ruedas, con su pierna envuelta en escayola.

-- ¿Qué tal te vas encontrando, Bob? --preguntó Júpiter, expresando genuino interés por su amigo.

-- Oh, me pondré bien --dijo Bob, taciturno--. Pero el doctor Álvarez dice que debo desenterrar aquel viejo aparato ortopédico mío. Parece que voy a quedar fuera de combate para el resto de este caso.

A la mañana siguiente, temprano, Júpiter y Pete llegaban al aparcamiento del museo. Desde allí Pete reprodujo los pasos que había dado mientras seguía el rastro del aparato de seguimiento que Bob había plantado en los bajos de la furgoneta. Habían recorrido varios kilómetros en bicicleta hasta encontrarse fuera de Rocky Beach, en una zona industrial entre la ciudad y Santa Mónica, y Júpiter empezaba a pensar que Pete se había perdido, cuando de pronto este se detuvo en seco con la bicicleta.

-- ¡Ahí es! --gritó.

El Segundo Investigador señaló un edificio grande y blanco ubicado en aquella aislada zona de negocios.

-- Por lo menos estoy bastante seguro de que este es el lugar. Estaba tan ansioso por llegar a casa que no podría decirlo con seguridad. ¡Y, para decirte la verdad, no es que quiera acercarme más para averiguarlo!

-- Sólo tendremos que ver si los secuestradores están dentro --le explicó Júpiter--. Una vez que sepamos que están en esta instalación, simplemente hemos de encontrar una cabina de teléfono y alertar a las autoridades.

Pero los muchachos no tuvieron tanta suerte. Cuando llegaron al almacén en desuso y estuvieron lo bastante cerca como para mirar a su interior descubrieron que estaba vacío. Júpiter dispuso un registro minucioso del área en busca de pistas. No encontraron

nada, excepto huellas de neumáticos de la furgoneta que conducían hacia y desde el edificio.

-- Parece que no estamos de suerte, Primero --comentó Pete, frustrado.

-- Supongo que así es, Segundo --concedió Jupe--. Aún tendremos que hacer otro intento de aproximación mañana. Hay algo en este caso que me está rondando pero no sabría decirte qué es... De todos modos, el convite del Rotary Club es dentro de dos días y no se nos ha notificado que dejemos de estar invitados, así que posiblemente por ahora deberíamos concentrarnos en este evento. Francamente, ¡estoy completamente desconcertado!

Pete miró a Júpiter enarcando las cejas. ¡Rara era la ocasión en la que Júpiter Jones admitía que estaba pasmado!

12

Una deducción clave

CUANDO JUPE llegó a su casa aquella tarde se detuvo para asegurarse de que el Patio Salvaje quedaba bien cerrado. Pudo distinguir el suave resplandor de un televisor procedente de la barraca que compartían Hans y Konrad y oír las carcajadas de los hermanos retumbando a través de la ventana abierta. Sonriendo, caminó por la avenida hasta la casita donde vivía con sus tíos.

El recio investigador se sentía melancólico y sólo picó algo para cenar, lo que causó cierta alarma en sus tíos. A lo largo de la noche los acontecimientos de aquella semana le rondaron por la cabeza y estuvo intentando hacerlos encajar para que cobrasen algún sentido. Tenía la impresión de que había sin duda una pauta en todo el caso y estaba seguro de que, si lo examinaba con la suficiente intensidad, la descubriría. Pero el sol se deslizaba bajo el horizonte y la pauta seguía obstinadamente oculta. Se removió en la cama y se dio la vuelta, cayendo dormido con el misterio de los tres impostores en su mente.

Jupe sabía que tenía que ser ya por la mañana. Todavía no había abierto los ojos pero podía oler el desayuno de huevos con beicon que tía Mathilda estaba preparando abajo en la cocina. Con un balanceo sacó los pies de la cama y bostezó. El bostezo fue seguido pronto por un fruncimiento del entrecejo cuando pensó en el misterio que su empresa investigaba.

Frustrado por haber realizado tan escasos progresos en el caso, Júpiter cogió un grueso volumen de su estantería, titulado: "INVESTIGACIÓN CRIMINAL: con un índice general sobre resultados". Pasó varias páginas hasta que encontró un pasaje que le llamó la atención. El artículo sugería que, cuando un detective llegaba a un punto muerto en un caso, el único camino para lograr

superarlo era poner en un papel una lista de todos los elementos del caso y encontrar un vínculo común.

Haciendo caso omiso del aroma del desayuno de la tía Mathilda, Júpiter sacó lápiz y papel de su escritorio y comenzó a anotar todos los puntos del caso de los que se acordaba: la Panadería de Perla, el Pozo Minero, El Viñedo, el jarrón de la dinastía Won...

Después de pasados unos minutos se echó para atrás y observó su trabajo. Júpiter parpadeó y se puso en pie ante su escritorio, boquiabierto. Súbitamente todas las piezas del puzzle parecían encajar perfectamente en su mente.

Vistiéndose rápidamente se apresuró escaleras abajo y agarró el teléfono.

-- ¡Por todos los santos! --gritó la tía Mathilda--. ¡Nada de tonterías antes de que hayas metido algo en el estómago, Júpiter Jones! Te vas a marchitar y el viento te va a arrastrar si no crías carne en esos huesos escuálidos.

-- ¿Puedo por favor hacer esta llamada de teléfono? Es realmente urgente --suplicó Jupe.

El tío Titus miró por encima del periódico y dijo a su mujer con un bufido:

-- Hay un juego en marcha, querida. Deja que el chaval haga la llamada y apuesto doble contra sencillo a que se comerá gustoso cualquier cosa que le pongas por delante.

La tía Mathilda resopló contrariada y siguió afanándose en la cocina. Jupe dirigió una mueca a su tío y empezó a marcar el número de Pete.

Media hora más tarde se veían en la casa de Bob. Estaban en su cuarto, sentados a ambos lados de la cama mientras Bob se apoyaba en unas almohadas todavía con la pierna envuelta en la abultada escayola.

-- Me imaginé que, puesto que te encuentras inhabilitado, querríamos celebrar una reunión aquí en tu casa.

-- ¿In-ha-bi-qué? --preguntó Pete, rascándose la cabeza.

-- Da igual --dijo Bob--. Bueno, ¿cuáles son esas grandes noticias, Jupe?

Júpiter parpadeó y sonrió con malicia.

-- He efectuado un descubrimiento importante --anunció, sosteniendo su grueso libro de investigación criminal--. Y lo hice con una pequeña ayuda de este volumen tan engorroso.

-- ¿Qué es? --preguntó Pete--. ¿Un diccionario?

-- Es un libro de técnicas de investigación criminal --explicó Jupe--. En él se sugiere que se pongan en una lista todos los elementos de un caso y que después se intente encontrar un nexo común a todos esos elementos.

-- Vale. ¿Y dónde está ese nexo? -- demandó Pete.

Júpiter les pasó a Bob y Pete sus anotaciones para que pudieran examinarlas.

-- Al usar esta técnica, todas las piezas del puzzle parecieron encajar en su sitio. La panadería que fue asaltada fue la de Perla; el almacén de ferretería era el Green's; el salón de videojuegos se llamaba El Túnel Minero; la tienda de licores era El Viñado; los jarrones que pintaron en el museo eran de la dinastía Won. Pues bien, ¿qué tienen en común los nombres Green, Jensen y Won, perlas, un pozo en una mina, y un viñado?

Pete saltó de la cama.

-- ¡El Misterio del Fantasma Verde! -- exclamó, refiriéndose a uno de los casos resueltos por los muchachos--. Pero después movió la cabeza y miró con desamparo primero a Bob y después a Jupe. -- ¿Qué tiene que ver uno de nuestros antiguos casos con que hoy alguien intente hacernos parecer malvados?

-- Una sola palabra, Pete. ¡Venganza!

-- ¿Venganza? ¡Así que alguien de uno de nuestros casos anteriores ha venido a por nosotros! --gritó Pete--. ¿Quién crees que es, Primero?

-- ¡Dejadme que lo adivine! --pidió Bob--. Apuesto a que Jupe está pensando en el señor Won, el misterioso chino que proclamaba tener ciento siete años. Podría querer vengarse porque machacamos la última de las perlas fantasma. Y está la circunstancia de que la persona que me atacó era oriental.

-- ¿El señor Won? Es un nombre que no quería oír nunca de nuevo --suspiró Pete--. Para ese tipo un caso ya es más que suficiente.

-- Te acercas, Bob, pero no aciertas del todo --dijo Júpiter con dramatismo.

-- ¿No es el señor Won? --preguntó Bob--. ¿Quién crees que es, entonces?

-- En el primero en el que pensé fue en el señor Won, lo admito. Pero parecía demasiado fácil, y la venganza no encaja con el carácter práctico de Won. No creo que se tomase molestias por tres chavales de Rocky Beach. Después de todo tampoco fuimos nosotros los que destruimos a propósito el collar con las perlas fantasma, sino que sólo fue un accidente.

-- Bueno, y si no es Won, ¿entonces quién?

Jupe se encogió de hombros como si la respuesta fuera tan evidente para Pete y Bob como lo era para él.

-- Deduzco que el sedicente "viajante" utilizó de hecho su nombre verdadero.

-- ¿Jensen? --exclamó Bob--. El capataz de Verdant Valley... La venganza sería propia del carácter de ese tío, eso seguro.

-- ¡Cáspita!--dijo Pete--. No le llegaron a capturar nunca después de que huyera del Cañón Hashknife. Pero ¿qué hace aquí en Rocky Beach? ¿Y por qué ahora, después de tanto tiempo?

Júpiter sacó de su bolsillo una petaca de cuero y vertió su contenido sobre la cama de Bob.

-- Para eso dispongo de estas cosas --dijo orgullosamente--: para atrapar a Jensen de una vez por todas y encontrar respuesta a esas mismas preguntas.

Pete y Bob miraron con ojos muy abiertos el contenido de la bolsa. Allí, sobre el colchón de Bob, descansaba un montoncito de perlas de color gris apagado.

¡Perlas fantasma!

13

Tendiendo una trampa

-- ¡PERLAS FANTASMA! --gritaron juntos Bob y Pete-- ¿Dónde las encontraste, Jupe?

El recio Primer Investigador no pudo contener la risa.

-- No las encontré. Las hice.

-- ¿Qué las hiciste? ¿Qué significa que las hiciste? No me pareces una ostra - se burló Pete.

Júpiter extrajo un puñado de perlas y pasó unas cuantas a Bob y Pete.

-- Cuando por fin deduje quién era el que nos estaba amenazando empecé a trazar un plan (al cual llegaré dentro de un minuto) cuyo primer paso era obtener perlas fantasma. Bueno, los dos sabéis tan bien como yo que las últimas perlas fantasma que se conocen acabaron machacadas en aquella cueva de Verdant Valley, así que decidí fabricar un conjunto de buenas falsificaciones. Si observáis las perlas que tenéis en la mano veréis que no son más que piedras lisas que recogí del camino de entrada al Patio Salvaje y que pinté de gris. El resultado es bastante convincente, ¿no os parece?

-- ¡Vaya que sí! --dijo Bob--. Me habías engañado del todo. ¿Y cómo vamos a usarlas?

-- Corrijo --dijo Jupe--. Dirás que cómo vamos a usarlas Pete y yo.

-- Ah, sí --dijo Bob tristemente--. Qué poco me gusta perderme cualquier acción. Parece que tendréis que ser Los Dos Investigadores en el resto de este caso.

-- No te preocupes por eso, Bob --le tranquilizó Jupe--. Tengo el presentimiento de que quedará mucho de este caso para que escribas sobre ello, después del convite de los premios de mañana.

-- ¿Vamos a utilizar las piedras para montar una trampa para Jensen? --interrogó Pete.

-- Sí. Sabemos que Jensen es un delincuente peligroso que haría cualquier cosa por dinero: por tanto, cebemos nuestra trampa con algo de gran valor. Sabiendo que el señor Won pagará una enorme suma creo que Jensen no será capaz de resistir la tentación. Hará algún movimiento para conseguir las perlas, y ahí estaremos nosotros para echarle mano.

-- Con la Policía, claro -añadió Pete.

-- Naturalmente - confirmó Júpiter--. Jensen resulta demasiado peligroso como para que podamos reducirle nosotros. No tengo reservas en cuanto a pedirle al Jefe Reynolds que nos ayude a cerrar este caso.

El rollizo muchacho recogió las joyas falsas y las vertió otra vez en su petaca.

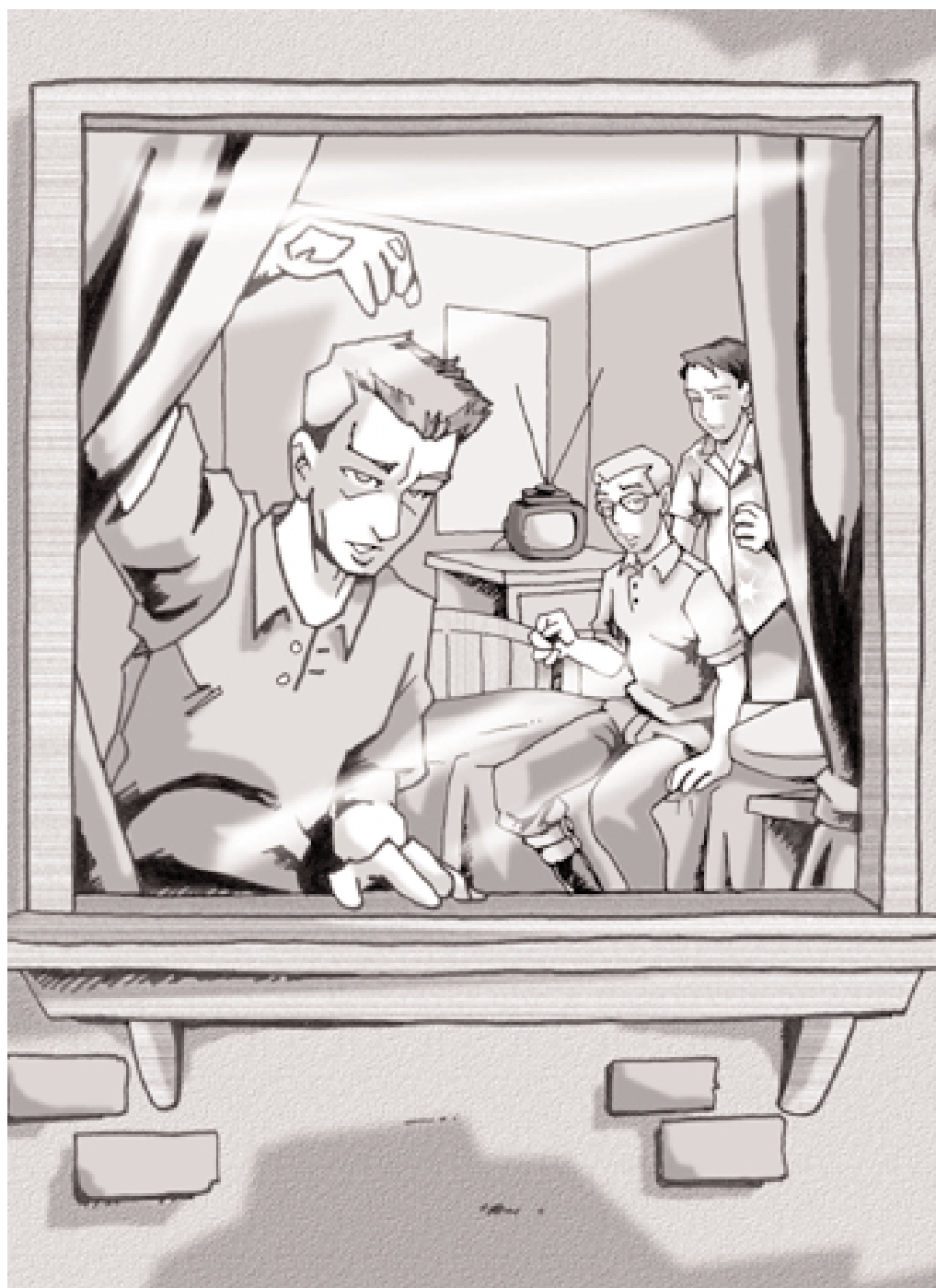
-- Entonces, ¿ahora qué hacemos, Primero?

-- Ahora debemos hacer que se sepa que estamos en posesión de las únicas perlas fantasma del mundo. Avisaremos al Jefe Reynolds de nuestro plan y le pediremos ayuda para difundir la noticia. Podemos contactar con la estación local de radio para que anuncien que Los Tres Investigadores van a exponer recuerdos de varios de sus casos -incluyendo las famosas perlas fantasma - en el acto benéfico del Rotary mañana.

-- Mi padre conoce al editor del periódico de Rocky Beach. Le puedo pedir que ponga un anuncio en la edición de hoy diciendo que se van a exponer las perlas fantasma - propuso Bob.

-- Excelente sugerencia, Archivos -dijo Jupe--. Y mientras estás en cama puedes también comenzar una Transmisión de Fantasma a Fantasma diciéndoles a algunos chicos que difundan la noticia de las perlas a cualquier adulto que quiera escucharla.

La Transmisión de Fantasma a Fantasma fue una operación ideada por Júpiter en la cual cada uno de los muchachos llamaba a cinco amigos distintos y les pedía que buscaran algo, o a alguien. Cada uno de estos cinco amigos llamaba a otros cinco y les pasaba el mismo mensaje. ¡Al cabo de pocas horas Los Tres Investigadores



podían tener a toda la chavalería de Rocky Beach a la búsqueda de pistas!

-- ¿Y nosotros, Jupe? --le preguntó Pete--. ¿No tenemos que hacer el Fantasma a Fantasma también?

-- Efectuaremos las llamadas más tarde. Ahora mismo tú y yo hemos de salir y expandir la noticia de las perlas por nuestra cuenta.

-- Ay, ¿por qué estoy empezando a sentir una especie de aprensión? --preguntó Pete sombríamente.

-- Supongo que me conoces bastante bien --dijo Júpiter con una mueca--. Sabemos que Jensen nos tiene vigilados, probablemente ahora mismo, mientras hablamos.

Pete tragó saliva y apartó las cortinas mirando por el cristal hacia fuera con expresión preocupada.

-- No te apures, Pete --dijo Bob--. Este vecindario es muy seguro y no creo que intente nada durante el día.

-- Además --continuó Jupe-- sabiendo que nos está observando también podríamos dejar que nos oiga bien. Pete y yo volveremos al Patio Salvaje y deambularemos por allí intentando parecer ocupados. Y todo el rato hablaremos en voz alta sobre lo excitados que estamos por el convite y sobre las perlas que se van a exhibir.

Pete se lamentó:

-- ¡Pues ahora estoy todavía más preocupado!

-- Te aseguro que todo irá bien --dijo Jupe.

--¡Sin contar con que si andamos merodeando por el Patio Salvaje estamos pidiendo a voces... que la tía Mathilda nos ponga a trabajar!

Los tres amigos estallaron en una carcajada

Poco después, tras haber dejado a Bob haciendo sus llamadas, Jupe y Pete empujaban sus bicicletas hasta los portones del Patio Salvaje.

--Utilizaremos la entrada delantera-- explicó Jupe--. No tiene sentido revelar a todos nuestros secretos.

-- ¿Qué se supone que tengo que decir? --preguntó Pete.

-- Lo primero que se te ocurra. Habla fuerte, pero en tono natural.

-- ¡Qué fácil es para ti decirlo! – suspiró Pete--. Tienes dotes de actor en la sangre.

Durante las dos horas siguientes los dos muchachos anduvieron por el Patio Salvaje ordenando cosas y hablando en voz alta de las perlas fantasma. Cuando Jupe estuvo satisfecho llevó a Pete hasta el cobertizo que servía como oficina y le susurró al oído.

-- Creo que ya está bien. Ahora toca esperar que Jensen mueva ficha. Voy a contactar con el Jefe Reynolds y explicarle nuestro plan. Tendría que tener a su gente en alerta total para el convite de mañana, lista para echar mano a Jensen en cuanto quiera ir por las perlas. ¿Crees que puedes llegar bien a casa en bicicleta? Tal vez deberíamos pedir a Konrad que te lleve.

-- Estaré bien –susurró Pete.

Júpiter se quedó pensativo un minuto.

-- Me sentiría mejor si salieras sin que te vieran. Si quieres, sal por la Puerta Azul Dos, por detrás, camino de tu casa. Sólo por ir por un sitio seguro.

La Puerta Azul Dos era una entrada secreta en la valla del Patio Salvaje ubicada en la esquina más lejana del Patio, junto a la oficina. La valla estaba pintada por fuera con una escena que representaba un parque, con unas madres con trajes victorianos y delicados paraguas cuidando a unos niños que jugaban junto a un estanque. Las dos tablas de la puerta secreta estaban pintadas de un azul celeste brillante. A causa de que era más difícil de entrar o salir sin ser visto por la tía Mathilda, los muchachos rara vez la utilizaban si no era en emergencias.

-- Te llamaré cuando llegue a casa –prometió Pete.

-- Afirmativo. No olvides llamar por teléfono en Transmisión de Fantasma a Fantasma, para que tengamos a la gente hablando de las perlas fantasma. ¡Y tampoco olvides meterte un buen fregado y llevar la ropa de los domingos, mañana!

-- No me olvidaré –susurró Pete.

Y aquel muchacho larguirucho se apresuró en su bicicleta hacia la trasera del solar y desapareció por la Puerta Azul Dos, mientras Jupe volvía a entrar en la oficina para telefonar él mismo.

Un poco más abajo en la calle Jensen y su secuaz estaban sentados en un sedán con el motor en punto muerto.

-- Vaya, ya ves, perlas fantasma, ¿eh, Ping? Justamente cuando estábamos a punto de dar el último golpe y largarnos de la población. ¿Qué piensas de eso? -rezongó Jensen.

-- Suena a trampa -murmuró Ping.

-- Lo que yo pensaba -coincidió Jensen--. Pero tendría dinero suficiente para toda la vida si pusiera mis manos en esas perlas. Y no tendríamos que completar nuestro plan original de secuestrar al chico gordo a cambio de un rescate.

-- Parece peligroso -dijo Ping--. No modo de coger perlas con toda esa policía. Tenemos que idear plan.

-- Oh, sí que tengo un plan, Ping -dijo Jensen con sorna--. Definitivamente, tengo un plan.

14

La trampa se activa

AL DÍA SIGUIENTE, temprano, Bob se despertó y bajó cojeando las escaleras hasta la cocina, en la que su madre estaba preparando un buen desayuno de tortillas.

-- Buenos días, Robert --saludó con voz cantarina--. Venga, tómate ya el desayuno, que, ahora que tienes otra vez ese horrible aparato ortopédico, emplearás más tiempo en prepararte que antes.

El padre de Bob estaba dedicado al ritual de los periódicos, como todos los sábados, con su pipa y abundante café. Bajó el periódico y sonrió a Bob.

-- ¿Así que hoy es el día grande?

-- Sí --dijo Bob, con ganas--. Jupe espera resolver hoy el caso.

-- ¿Un caso? --dijo su padre, perplejo--. Yo me refería al convite.

-- Ah, sí --Bob se encogió de hombros con una mueca--.

También eso es hoy.

-- No estaréis maquinando algo, ¿verdad? --preguntó suspicazmente su padre.

Su madre puso un plato delante de Bob y le sirvió zumo de naranja.

-- De Júpiter Jones no me extrañaría nada. Es verdad que encontré mi anillo de boda, pero a veces ese muchacho es demasiado listo para lo que le conviene --dijo, meneando la cabeza como para reforzar su argumento--. Ahora vete corriendo, Robert. Voy a ponerte la ropa encima de la cama.

No mucho después se oyeron tres bocinazos en el exterior, frente a la casa de Bob. Este miró por la ventana y vio el magnífico Rolls Royce chapado en oro, ronroneando como un león junto al bordillo. Con sus nuevas muletas, salió a la puerta principal y Worthington saltó del coche y se dirigió con presteza al otro lado para poder abrirle la puerta.

-- Gracias, Worthington.

-- Sea muy bienvenido, master Andrews. A propósito, estaré encantado si puedo ser de alguna ayuda para resolver su último caso. El coche quedará enfrente del Rotary Club disponible inmediatamente para cualquier eventualidad.

Bob sonreía al subir al lujoso interior.

-- No sé lo que haríamos sin usted, Worthington.

Minutos después el elegante automóvil se deslizaba hacia la entrada del Patio Salvaje de los Jones. Jupe y Pete ya estaban allí junto a los portones, ambos relucientes por la aplicación de jabón y buenos cepillos. Estaban peinados pulcramente con raya y llevaban sus mejores trajes. Bob se dio cuenta de que Júpiter llevaba también su mochila.

--¿Más galletitas y refrescos, Jupe? --preguntó mientras los dos muchachos subían a los asientos traseros.

-- Si Jensen mueve ficha quiero estar preparado --proclamó el recio muchacho--. Aquí tenemos nuestros walkie-talkies, aparatos caseros, y tiza. Estarán en la exposición pero podremos agarrarlos en cualquier momento si Jensen va a por las perlas.

-- Creo que estaría loco si hiciera un movimiento en el convite -- resopló Pete--. ¡El sitio estará atiborrado de policías!

-- He deducido que Jensen ya contará con eso mismo --replicó Júpiter.

-- ¿Quieres decir que podría hacerse pasar por uno de los hombres del Jefe Reynolds? -- preguntó Bob.

-- Es una buena posibilidad. Mi plan es alertar al Jefe tan pronto como lleguemos, para estar a la búsqueda de cualquier falso agente de policía.

Worthington carraspeó.

-- Perdónenme, muchachos. Tendré que quedarme en el vehículo, como es mi obligación. No obstante estaré con los ojos bien abiertos pendiente de cualquier actividad sospechosa en el exterior del Rotary Club.

-- Si no fuera mucha molestia, me gustaría que entrase un momento al convite, Worthington. Sé que hay mucha gente a la que le gustaría conocer al "cuarto investigador oficioso" --dijo Jupe. Worthington sonrió.

-- Quizás pueda ausentarme del coche un minuto, lo suficiente para una pizca de té y una galleta.

Todos los chicos sonrieron. Los impecables modales ingleses de Worthington contrastaban frecuentemente con la extravagancia de los tipos del sur de California.

Pocos momentos más tarde Worthington indicó:

-- Hemos llegado, y me sentiré complacido de ayudarles con la puerta.

-- Claro, Worthington. Va a ser una entrada con todos los honores --replicó Jupe.

Poco después los muchachos estaban sentados en la mesa de honor a la derecha del podium. El aburrido director del museo Leo Magallanes se sentaba en otra mesa a la izquierda y miraba a Pete con aire de sospecha. Pete le dio con el codo a Júpiter.

-- Creo que me reconoce --se sofocó.

-- Tranquilo, Pete --le susurró su amigo--. No hiciste nada malo ¡y espero demostrarlo antes de que el día acabe!

El banquete con el que se homenajearan sus servicios a la comunidad y la presentación del cheque transcurrieron sin incidencias. Las perlas permanecían en un contenedor de plástico sobre una mesa situada en el centro de la estancia junto con otros recuerdos de otros muchos casos de los chicos. Jupe prácticamente reptaba en su asiento de pura impaciencia.

-- No lo entiendo --suspiró--: estaba seguro de que Jensen ya habría hecho a estas alturas algún tipo de movimiento. Casi se ha terminado ya el convite. Mezclémonos con los invitados y veamos si podemos localizarle.

Los chicos dejaron sus asientos. Pete ayudó a Bob a bajar los escalones de la pequeña tarima y desaparecieron entre la numerosa

conurrencia que deambulaba por la estancia. Y justo entonces se produjo un ruido perceptible como de romperse algo en la cocina. Jupe avanzó en aquella dirección e intentó localizar entre la multitud a sus amigos. Ahora se oía chillar y gritar del otro lado de las puertas batientes de la cocina.

Todo el mundo se volvió para ver qué era aquel alboroto. Jupe pudo ver al Jefe Reynolds hablando por su walkie-talkie: ¡al menos él sí estaba atento! Repentinamente, los batientes de la cocina se abrieron y Jupe acabó espatarrado en el suelo. El encargado del servicio de comedor estaba echando una reprimenda a un empleado negligente.

-- ¡Estúpido! ¡Has roto cien dólares de porcelana fina!

-- No fui yo --insistía el camarero--. ¡Me empujaron!

-- ¡Ja! Empujado --se mofó el jefe--. Como la última vez, que también "te empujaron", ¿eh? Pues ya basta: ¡estás despedido!

-- Pero, pero... --tartamudeó el camarero.

Júpiter se puso en pie de un salto. Sabía reconocer cuándo estaba ante una maniobra de distracción, y ahí tenía una. Lanzó una mirada rápida por toda la habitación buscando a Pete y a Bob. Estaban perdidos en algún lugar de aquel mar de gente --y los walkie-talkies estaban en el otro lado de la estancia--. El Primer Investigador pensó con rapidez. Sólo se podía hacer una cosa. Veloz como un felino, Jupe se deslizó por junto al airado cocinero y entró en la cocina.

Varios empleados habían parado de trabajar para presenciar el espectáculo y apenas se fijaron en él. Jupe escrutó sus caras en busca de Jensen, pero no estaba en la cocina. Anduvo rápidamente hacia la entrada trasera de servicio y, abriendo la puerta, miró el aparcamiento que estaba detrás del Rotary Club. No había ni un alma allí; sólo unas pocas furgonetas del servicio de comedor. Jupe iba a girar para regresar al comedor cuando algo llamó su atención: tres de las furgonetas eran de un blanco nuevo y reluciente, pero la cuarta era más antigua, con abolladuras y salpicada de motas de

óxido, ¡precisamente la furgoneta que Bob había descrito como perteneciente a los secuestradores!

Júpiter tomó la calculada decisión de comprobarlo por sí mismo y franqueó la puerta trasera. Salió a la brillante luz del sol y entornó los ojos. No había nadie: ¡era la ocasión! El orondo investigador rápidamente se acercó a la furgoneta destartada y atisbó cautelosamente por las ventanillas; estaba vacía.

Sin pérdida de tiempo, Jupe abrió de golpe las portezuelas traseras de la furgoneta. Se quedó con la boca abierta.

¡La zona de carga de aquella sucia furgoneta blanca estaba atiborrada de obras de arte y tesoros orientales! Jupe podía ver tapices delicados, finos cofres de artesanía de madera, jarrones preciosos y otras raras antigüedades. Debía de haber allí un tesoro robado de un millón de dólares, pensaba para sí.

De pronto oyó voces y el sonido de pies corriendo. Jupe miró a su alrededor en busca de un lugar para esconderse. Sólo había un sitio al que ir y él lo conocía: ¡dentro de la furgoneta! Por instinto trazó un gran '?' en la mugre que cubría el lateral de la furgoneta y sin pensárselo dos veces saltó a la parte de atrás y cerró las puertas precisamente cuando Jensen y Ping salían corriendo de la esquina del Rotary Club. Jupe tragó saliva y buscó por la trasera del vehículo dónde esconderse. ¡El baúl! Parecía lo bastante amplio para un muchacho -si no hubiera nada dentro-. Jupe se apresuró a abrirlo y suspiró aliviado. Estaba vacío. Saltó a su interior y cerró la tapa en el último segundo.

Jensen y Ping abrieron las puertas de la furgoneta y Jupe oyó cómo rugía el motor de arranque. Después percibió otras voces: ¡eran Bob y Pete y el Jefe Reynolds! Júpiter se sonrió mientras la furgoneta comenzaba a dar sacudidas y bandazos: seguirían a la furgoneta y al final meterían entre rejas a Jensen, que es donde debía estar. Pero pronto la sonrisa de Jupe se convirtió en un fruncimiento de cajas, cuando oyó hablar a Jensen con Ping.

-- Haber empujado a aquel panoli que tenía todos los platos fue una idea fenomenal –se rió Jensen.

-- Pero esos dichosos chavales te vieron romper vitrina de cristal y robar perlas. Tendrías que haber tenido más cuidado.

-- Bueno, ya no tiene remedio. Supongo que sólo nos queda deshacernos de esta furgoneta, cargar todo el material en el camión de escape ¡y a casa, libres!

-- ¿Pagará Won sus buenos dólares?

-- Claro que sí. El sostiene que todo este material le corresponde por derecho, de todos modos. ¡Somos ricos, Ping! ¡Lo único que hay que hacer es llegar a San Francisco sin que nos cojan los maderos!

Detrás, en el maletero, el corazón de Jupe se aceleró y le brotó un sudor frío. ¿Won? ¿San Francisco? Jupe tragó saliva. ¡Tenía un grave problema y no podía hacer nada!

15

Un gran aprieto

--¿HA VISTO ALGUIEN a Júpiter Jones? --voceó el Jefe Reynolds.

El Rotary había caído en un estado de confusión. Los invitados daban vueltas por el lugar discutiendo el robo y reconstruyendo cómo había sucedido. El Jefe volvió a vocear.

-- ¿Alguien ha visto a Júpiter Jones?

Muchos de la multitud indicaron que no con la cabeza, otros volvieron a sus historias, que se volvían cada vez más sensacionalistas. El jefe meneó la cabeza y miró a Bob y Pete.

-- La última vez que vi a Jones fue cuando se cayó al suelo al chocar con las puertas de la cocina. Eso fue hace cinco minutos: no puede haber ido muy lejos en ese tiempo.

-- Recuerde, estamos hablando de Júpiter Jones --dijo Pete, preocupado--. ¡Por todo lo que sabemos podría andar ya por México!

-- Casi no me extrañaría de Jones --suspiró el jefe.

Bob cojeó con sus muletas por el lugar donde la furgoneta de Jensen había estado aparcada.

-- ¿Cree que sus coches patrulla podrán alcanzar a Jensen, jefe?

-- He lanzado una solicitud de ayuda a todas las unidades de Rocky Beach y de los condados de los alrededores, incluyendo Los Ángeles. Mis hombres irán parando a cualquier furgoneta blanca que vean. Le cogerán, Bob.

Entonces Pete intervino.

-- Jefe, estaba pensando... ¿Y si Jupe se hubiera escondido dentro de la furgoneta cuando Jensen y su cómplice se marcharon? ¡Caramba, podría estar en serias dificultades si le encuentran!

El jefe parecía preocupado.

-- Intentar algo así sería propio de Jones. Mejor será que coja la radio y le diga a mi gente que sean especialmente cautos porque esa furgoneta podría llevar un polizón dentro.

Dentro del baúl ornamental Júpiter Jones ya respiraba con dificultad y estaba empezando a tener calambres en las piernas. Calculó la distancia a San Francisco desde Rocky Beach y el tiempo que llevaría cubrir esa distancia, y se mordió el labio. No sabía si podría aguantar tanto atrapado en su escondite. Por fin, tomó la decisión de arriesgarse, al menos, a abrir la tapa para renovar el aire. Y justamente cuando estaba a punto de abrir el arcón la furgoneta se detuvo de golpe.

Oyó el golpe de las puertas, y ruidos como gruñidos y de arrastrar de pies: Jensen y Ping comenzaban a arrastrar sus tesoros robados de la furgoneta al camión preparado para la huida. Cuando llegaron al baúl donde él estaba, Jupe contuvo la respiración. Lo levantaron unos centímetros y luego lo dejaron caer sobre el piso de la furgoneta con un ruido sordo.

-- Creía que esta cosa estaba vacía --se quejó Jensen--. Debe de haberse rellenado con oro --añadió sarcásticamente.

-- Quizá deberíamos abrirla --sugirió Ping.

-- No hay tiempo --replicó Jensen--. Tenemos que estar en San Francisco dentro de una hora. Vamos, tira... ¡ahora!

Jupe sintió que el baúl se elevaba en el aire. Se preparó para el golpe que iba a producirse, con seguridad, cuando lo depositaran en la trasera del camión. Con una sacudida violenta, Jensen y Ping lo arrojaron al suelo. Los dos delincuentes vaciaron la furgoneta al cabo de varios viajes. Jupe oyó golpear la puerta corrediza del camión al cerrarse y cómo arrancaba el motor. Le gustase o no ¡estaba camino de San Francisco!

En el Rotary Club de Rocky Beach, Bob Andrews y Pete Crenshaw languidecían sentados esperando oír que la furgoneta

había sido encontrada y su amigo rescatado. Cuando había transcurrido ya una hora Pete se levantó y empezó a pasear.

-- Si por lo menos Jupe hubiera cogido un walkie-talkie podríamos averiguar dónde está.

-- Procura no preocuparte, Pete --murmuró el Jefe Reynolds--. Hay mucha gente buscando ahora mismo a Júpiter. Le encontraremos.

-- Con tal que no sea demasiado tarde --añadió Bob--. Ya hemos tenido antes que vérnoslas con Jensen y sabemos de lo que es capaz. Si descubre que Jupe está escondido en la trasera de esa furgoneta...

La frase quedó en suspenso, pero todos comprendieron muy bien lo que pasaría si Jensen encontraba a Jupe.

Entonces la radio del coche patrulla del jefe revivió con un crujido.

-- Llamando al Jefe Reynolds. Cambio.

El jefe agarró rápidamente el micrófono.

-- Aquí el jefe. ¿Qué habéis encontrado?

-- Hemos localizado la furgoneta. La han abandonado al pie de las colinas a unos kilómetros al Norte de la población. Estaba oculta en el cauce de un arroyo, cubierta con vegetación de chaparral. Cambio.

-- Voy para allá. Cambio y fuera.

El Jefe Reynolds saltó en el coche.

-- ¡Vamos, muchachos!

Bob y Pete se agolparon en el coche patrulla. El jefe encendió las luces y la sirena y condujo a la mayor velocidad posible hacia la base de las colinas de la cadena costera. Pete y Bob se agarraron con fuerza cuando las carreteras se estrecharon y acabaron pasando del asfalto a la grava. Pero no había motivo para preocuparse, porque el Jefe Reynolds era un conductor experto y tomaba las curvas cerradas como un maestro.

Cuando llegaron al cauce reseco del arroyo después de aquel movido trayecto ya había muy poco que ver. La maltrecha furgoneta estaba vacía y silenciosa. Pete y Bob inspeccionaron el vehículo por dentro y por fuera.

-- Hay un montón de huellas cerca de la trasera de la furgoneta --dijo Bob--. Parece como si Jensen y otra persona, probablemente el oriental que me echó el guanta, hubiesen pasado algo de la furgoneta a otro vehículo. Mirad aquí --continuó, siguiendo las huellas en el suelo-- otra serie de marcas de neumáticos. Jensen debe de haber tenido un segundo coche escondido por aquí para su huida.

-- Estas marcas son más anchas --dijo el Jefe Reynolds--. Diría que se trataba de un camión.

-- Pero, ¿qué fue lo que trasladaron desde la trasera de la furgoneta? --dijo Pete nerviosamente--. ¿Y cómo lo averiguaremos cuando ni siquiera sabemos qué tipo de camión estamos buscando?

En la zona de carga del camión en marcha Jupe empujaba la tapa del baúl ornamental. Apenas podía moverla: Jensen debía de haber colocado encima algo pesado. Jupe trataba de permanecer tranquilo, pero la idea de estar atrapado dentro del baúl otra hora más fue suficiente para que siguiera empujando con el hombro con todas sus fuerzas hasta conseguir sacar fuera la cabeza y el brazo izquierdo. Estiró el cuello y vio lo que estaba trabando la tapa: una gran estatua de mármol que representaba un tigre. Con otro empujón Jupe sacó el otro brazo fuera. Casi lo había conseguido. Metiendo el estómago el Primer Investigador se tambaleó hacia delante y cayó al suelo. La estatua gigante rodó precariamente sobre el cofre, amenazando con volcarse, y Jupe se puso en pie de un salto para sostener firmemente el tigre, pues no quería revelar su escondite antes de tiempo.

La trasera del camión estaba oscura como boca de lobo, y la única luz que Jupe podía vislumbrar provenía de un ventanuco de ventilación en lo alto de la pared opuesta. Se dirigió a ciegas hacia las antigüedades sustraídas y consiguió, en medio de las vibraciones, colocar una alfombra enrollada para conseguir asomarse a aquel sucio ventanuco. Del otro lado pudo distinguir a Jensen al volante, que hablaba con su cómplice:

-- Calculo que hay aproximadamente un millón de dólares en este camión, Ping. ¡Fue incluso demasiado fácil, habiendo conseguido ese empleo de vigilante en el museo! --se rió--. Todo aquel material en cajas y embalado en el sótano del museo a la espera de ser expuesto... tardarán una semana en enterarse de que ya no está, justo como dijo Won.

-- ¿Cuánto por perlas? --preguntó Ping.

-- Me parece que podemos pedir lo que queramos por esas preciosidades --Júpiter podía ver cómo Jensen levantaba la bolsa de perlas falsas. Quizá otro millón además del primero. ¿Quién sabe?

Júpiter oyó reírse a los dos bribones mientras se deslizaba hacia abajo por la alfombra. Después fue marcando el baúl y la puerta del camión con interrogantes de tiza. No sabía si serviría para algo, pero con ello se ahorraba pensar en el hecho de que enseguida tendría que meterse otra vez en el arcón, y también se evitaba imaginar lo que harían Jensen y Ping cuando llegasen por fin a San Francisco y le encontrasen entre la carga del camión.

No mucho después Jupe se dio cuenta de que el camión aminoraba la marcha y giraba frecuentemente. Suspiró, sabiendo que estaba llegando para él la hora de meterse en el arcón ornamental. Entrar, con la estatua de mármol sobre la tapa, resultó un poco más sencillo que salir, pero aun así Jupe tuvo que luchar para comprimir su recia humanidad de modo que cupiera.

Minutos después de que estuviera dentro otra vez, el camión se detuvo y el motor se paró. Jupe oyó cómo se corría la puerta de atrás, y a Jensen y Ping moviéndose. Jupe había empleado su

tiempo en el interior del baúl formulando un plan: se le había ocurrido permanecer escondido allí dentro hasta que estuviera oscuro e intentar algo cuando estuviera seguro de que todos habían abandonado el escondite de Won. No era mucho, pero era todo lo que había podido pensar.

Ahora tocaba trasladar al baúl de Jupe. Jensen y Ping maldecían por lo que pesaba. Cuando por fin lo dejaron en el suelo Jupe oyó una voz familiar.

Era el misterioso señor Won.

-- ¿Cuál es el significado de esto? --preguntó Won severamente.

-- ¿Qué quiere decir? --gruñó Jensen--. Ahí está todo, como usted pidió.

-- No hablo de los tesoros, torpe --susurró el anciano--. Hablo del tesoro que hay en el interior del tesoro.

Dentro del arcón Júpiter tragó saliva y contuvo la respiración.

-- Tendrá usted que dejar de hablar con acertijos, Won. No tiene sentido lo que dice --bufó Jensen.

-- Abran el último arcón y revelen lo que permanece escondido a los ojos ignorantes --replicó Won.

-- Como guste --siguió gruñendo Jensen.

La tapa del baúl se levantó lentamente y allí se puso en pie un Júpiter Jones despeinado y algo atemorizado.

16

La muerte de los 1.000 cortes

JÚPITER JONES dio un paso fuera del arcón ornamental y fue rudamente agarrado por Ping. Jensen estaba en pie, boquiabierto, y miraba alternativamente al señor Won y al baúl.

-- ¿Cómo supo que estaba dentro?

Los ojos del señor Won se entrecerraron detrás de sus lentes ribeteados de oro y movió la cabeza con disgusto.

-- Cuando se ha vivido tanto como yo, se aprende que hay otras formas de ver además de con los ojos.

Jupe inspeccionó el interior del cuarto del señor Won, amplio y circular. Era tal como Bob y Pete se lo habían descrito, de cuando estuvieron allí durante la investigación del Misterio del Fantasma Verde. Las paredes seguían cubiertas de gruesos tapices púrpura, todos con elaboradas escenas de dragones y guerreros bordados con hilo de oro. En el lugar principal del cuarto estaba el gran sillón del señor Won; con relieves intrincados de madera negra y acolchado lujosamente con gruesos cojines púrpura. El señor Won llevaba la vestimenta roja de los antiguos nobles chinos, que caía con elegantes pliegues hasta el piso. Se irguió en su sillón y apuntó a Júpiter con un dedo largo y delgado.

-- Acércate, muchacho -dijo con voz suave, pero firme.

Júpiter dio varios pasos hacia delante y permaneció en pie ante el señor Won, intentando con todas sus fuerzas parecer más seguro de sí mismo de lo que se sentía realmente.

-- Es bueno tener miedo -dijo el señor Won, como si leyera su mente--. Me dice que respetas mi poder.

Júpiter seguía en pie, serenamente, pero exprimiéndose el cerebro para encontrar alguna ocurrencia que le hiciese salir del apuro.

-- Fui indulgente con tus amigos en una ocasión. Empero, no puedo prometerte lo mismo -avanzó un paso hacia Júpiter--. Tú has demostrado ser un estorbo, "redondito".



Júpiter se estremeció con la referencia a su peso. Incluso en la situación más comprometida no podía evitar ser extremadamente sensible en lo tocante a su constitución tan maciza. A punto estaba de decir algo cuando el señor Won continuó.

-- Has visto y oído demasiado. Como ahora ya sabes, he pasado mi vida adquiriendo y devolviendo las gloriosas riquezas de la dinastía Won a sus legítimos dueños. Soy el descendiente vivo de más edad de la dinastía Won de la antigua China. Las riquezas que ves ante ti pertenecen a mi venerable familia, y no deben seguir encerradas en lejanos museos.

Jupe tragó saliva y echó una mirada a la estancia. Ping se había acercado por detrás de él como si temiera que Jupe fuese a abalanzarse sobre la puerta en cualquier momento. El señor Won le hizo un gesto para que se apartase.

-- El redondito sabe que no hay escapatoria, Ping. No intentaría algo tan estúpido como ponerse a correr... ¿verdad?

Júpiter asintió lentamente y miró a sus zapatos. Acababa de acordarse de lo que le habían dicho Bob y Pete acerca de los poderes hipnóticos de Won, y se recomendó a sí mismo tenerlos muy en cuenta.

El señor Won continuó hablando a la vez que iba y venía frente a Júpiter.

-- Tú, naturalmente, no tienes nada que ofrecerme que yo ya no posea, así que no tiene sentido que negocies tu vida.

De pronto brotó una idea en la mente de Júpiter.

-- Tengo más perlas fantasma -barbotó-. No muchas, pero bastantes como para mantenerle vivo unos pocos años más.

Won se detuvo y observó intensamente a Jupe.

-- Puedo mirar fácilmente dentro de tu mente para ver si esto es cierto, redondito. No trates de engañarme.

-- No tiene por qué leer en mi mente -dijo Jupe con presteza-. No tiene más que mirar en la bolsa que Jensen tiene en su bolsillo.

Los ojos del señor Won se entrecerraron otra vez mientras se volvía a sentar en su gran sillón.

-- Cójale -dijo tranquilamente.

Antes de que Jensen pudiera mover un dedo, le agarraron de los brazos por detrás dos fieles servidores del señor Won. A Júpiter le pareció que se habían materializado entre los pliegues de los tapices. Jensen bufó y se revolvió como un toro, pero ni siquiera su enorme fuerza pudo con la férrea garra de los hombres de Won.

-- ¿Qué significa esto? --dijo rabioso--. ¿Creía que iba a dárselas sin más? Todo tiene un precio, ¡y usted lo sabe!

Tenía la cara roja como la grana y se debatía entre maldiciones. El señor Won se sentó pacientemente hasta que Jensen hubo terminado su diatriba.

-- Ya he tenido bastante incompetencia por su parte como para llenar dos vidas. Por su estupidez ahora tenemos a un chico insertado en una ecuación ya de por sí compleja --dijo Won con resentimiento--. Por favor, las perlas.

Apareció otro servidor de entre los tapices y registró los bolsillos de Jensen, que seguía forcejeando. El sirviente sacó la bolsita para canicas de Jupe y se la entregó al señor Won.

-- Eres valiente e ingenioso, redondito --dijo Won, en tono bajo, pasándose la lengua por los labios con avidez--. Quizá hayas comprado tu libertad, después de todo.

Buscó entre los gruesos cojines de su sillón y sacó una minúscula botella de cristal llena de un líquido claro. Luego rebuscó en la bolsa para canicas de Júpiter y extrajo una "perla fantasma".

-- Si esta es en realidad una perla de vida, obtendrás la libertad -- con tal de que entregues el resto de las que posees--. Sin embargo, si esto es un truco, caerás víctima de la muerte de los mil cortes. Bastante justo.

El corazón de Jupe se vino abajo. No había contado con que el señor Won probase una de las perlas. Pero, antes de que pudiera objetar nada, el señor Won dejó caer la piedra dentro de la botellita, donde se fue al fondo con un ruidito. Al no disolverse, el señor Won miró de hito en hito a Jupe:

-- Mira dentro de mis ojos, pequeñajo, y ve tu muerte.

Jupe fue empujado hacia delante por los servidores del señor Won, que pusieron las manos sobre sus hombros como grilletes de acero. Su corazón se aceleró y gotas de sudor irrumpieron en su frente al tiempo que trataba de desviar sus ojos de la penetrante mirada del señor Won: nunca vería a su tía Mathilda o a su tío Titus de nuevo. ¿Y Pete y Bob? ¿Qué harían sin él? Había tanta gente de la que no llegaría a despedirse. El Jefe Reynolds... Hans y Konrad... Worthington...

Con un gran crujido, la gruesa puerta de roble del escondite del señor Won se vino abajo estrepitosamente ¡y el alto chófer inglés irrumpió en la estancia!

-- ¡Worthington! – gritó Júpiter.

Le seguían varios policías que rápidamente empuñaron sus armas. Hubo un momento de caos total, cuando muchos servidores del señor Won se precipitaron hacia las salidas secretas escondidas en las profundidades de los tapices. La policía capturó a los que pudo, pero estaban muy ocupados peleando con Jensen y Ping, que casi se escapaban, hasta que uno de los agentes disparó un tiro de advertencia al techo.

Worthington vio a Jupe y corrió a ayudarlo.

-- ¡Suéltelo, desalmados! –ordenó valientemente, rechazando a los servidores de Won con llaves de judo que sorprendieron a Jupe, atónito, pues aunque los chicos conocían a Worthington desde hacía tiempo, ninguno sabía de su interés por las artes marciales. Los hombres de Won no podían hacer frente al alto chófer: huyeron por la puerta... para caer en las manos de la policía.

-- ¿Le han hecho daño, master Jones? ¿No está herido?

-- Estoy bien, Worthington – dijo Jupe suspirando con alivio--. Pero ¿cómo me ha encontrado?

El chófer recogió su gorra del suelo y se ajustó la corbata.

-- Vayamos a un lugar más seguro y le explicaré todo hasta el último detalle.

-- Espere un momento, Worthington – dijo Jupe--. Quiero estar seguro de que cierta persona esta vez no se escapa.

Durante la confusión el señor Won había estado sentado tranquilamente en su enorme sillón. En ese momento Jupe y Worthington le vieron levantar con calma un panel almohadillado de uno de los apoyabrazos, que tenía goznes, y pulsar un botón iluminado de rojo escondido en su interior. Con asombro por su parte, la entera plataforma sobre la que se asentaba el sillón del oriental comenzó a girar silenciosamente; al cabo de unos segundos ya se había ido y había dejado en su lugar una pared con cortinajes. Jupe oyó un fuerte "CLANK" cuando el giro cesó, procedente del otro lado de la pared. Dedujo que probablemente se trataba de un potente mecanismo de cierre. Llevaría mucho tiempo atravesar aquella pared.

Tiempo suficiente, supuso Júpiter, para que el señor Won se escapara limpiamente.

Otra vez.

17

El señor Crowe hace un trato

UNA SEMANA DESPUÉS de los acontecimientos de San Francisco los Tres Investigadores visitaban a John Crowe en el gran despacho de su casa de Santa Bárbara. El famoso novelista de misterio leyó cuidadosamente las notas de Bob sobre el caso y después se sentó ante su amplio escritorio.

-- ¡Un caso difícil, descifrado! --hizo una mueca--. Os felicito por haber puesto entre rejas por fin a ese bandido de Jensen.

-- Gracias, señor --dijo Jupe, sin pizca de autosatisfacción.

-- Claro que --continuó pensativo el autor-- no fue vuestro caso más profesional, ni mucho menos.

La cara de Júpiter adquirió un ligero tinte encarnado. El gran escritor les lanzó un guiño malicioso a Pete y Bob.

-- En efecto, joven Jones, parece que la suerte y la casualidad jugaron en este asunto un papel algo mayor que la sana lógica deductiva.

Júpiter se removió en su silla.

-- Ya suponía que diría eso, señor, y por eso tenía mis dudas de si pedirle que presentara este caso.

El señor Crowe se rió entre dientes y meneó la cabeza ante aquel arrebató de modestia de Jupe.

-- Bueno --dijo--, si algún fallo de capacidad mental o de razonamiento se hubiera producido en este caso, quedaría compensado por una gran valentía y coraje.

Los ojos de Crowe destellearon mientras sus dedos apuntaban a los muchachos.

-- Sin embargo, el coraje puede a veces interpretarse como estupidez, como cuando asumiste el riesgo de esconderte en aquel arcón. ¿Qué decís de eso?

-- Un riesgo calculado --declaró Pete--. Y resultó bien al final. Jensen y Ping están tras los barrotes con cargos de secuestro y robo, y el tesoro robado del señor Won ha sido devuelto a los museos de donde lo habían sacado.

-- Ah, sí --asintió el señor Crowe--. El escurridizo señor Won. ¿Me atreveré a preguntar cómo es posible que supiera que estabas en el arcón?

Júpiter tenía el ceño fruncido con disgusto. Le parecía que el señor Crowe estaba gastándole demasiadas bromas.

-- Verdaderamente carezco de explicación para eso, señor --dijo sin mucho entusiasmo.

Bob intervino para librar a Júpiter del compromiso.

-- Tan sólo podemos conjeturar que, después de haber vivido más de cien años, de algún modo ha afinado sus sentidos con el resultado de que son mucho más agudos que los de la gente corriente.

-- Una conjetura razonable, master Andrews --coincidió el famoso escritor--, que merecería ser más estudiada. ¿Puede alguien ejercitar su mente para ver lo que otros no pueden? ¡Sobre esto podría escribirse una novela! En cualquier caso me gustaría saber si este personaje intrigante, el señor Won, reaparece. Y si es así, esperemos que no guarde rencor hacia los Tres Investigadores, como Jensen. Y hablando de Jensen, ¿cómo se desarrolló su historia después de concluir el Misterio del Fantasma Verde?

Bob recogió esta pregunta.

-- ¡Esa es seguramente la coincidencia más asombrosa del caso! De acuerdo con la declaración que Jensen hizo a la policía, tras escapar del Cañón Hashknife se dirigió a la costa sudeste del país. Parece que tenía unos amigos delincuentes que estaban organizando un sistema de contrabando por medio de un barco de pesca, a unos kilómetros del puerto de Fishingport en la Bahía Atlántica. Un día por casualidad leyó un periódico en el que se hablaba de tres muchachos que habían ayudado a recuperar el tesoro perdido del capitán Una Oreja --Bob se refería, naturalmente, a la excitante aventura vivida al desvelar el Misterio de la Isla del Esqueleto, algún tiempo atrás.

-- ¡Truenos! –exclamó el señor Crowe--. Curiosa coincidencia, en efecto. Casi puedo imaginarme su pasmo. ¡Debió de pensar que no había escapatoria de los Tres Investigadores ni habiendo viajado al otro extremo del continente!

-- Pues sí –dijo Pete, recogiendo el relato donde Bob lo había dejado— y realmente le quemó la sangre hasta el punto de que empezó a maquinarse un modo de vengarse. Sabía que probablemente terminaría volviendo a California –los trabajos que realizaba para el señor Won le reportaban demasiadas ganancias como para estar fuera mucho tiempo--. Así que esperó el momento propicio para regresar con seguridad a la costa Oeste y empezó a trabajar otra vez para el señor Won mientras al mismo tiempo llevaba a cabo su plan contra nosotros. ¡No podía dar crédito a su suerte cuando uno de los primeros encargos de Won fue el museo de Rocky Beach!

Entonces Jupe se unió a la explicación.

-- Lo primero que hizo fue integrar a Ping en su proyecto, que era demasiado amplio como para realizarlo por sí mismo; sabía que necesitaría ayuda para sacarlo adelante. Ping era trabajador de Verdant Valley y ayudaba a Jensen en secreto a causar dificultades a la familia Green. A continuación utilizó documentos de identidad falsos para obtener un puesto en el museo en el que iba a entregarse un envío de antigüedades de la dinastía Won.

-- Si no me equivoco, esto nos deja sólo una cuestión sin respuesta –dijo el señor Crowe.

-- ¿Cómo me encontró Worthington?

-- Precisamente –contestó el escritor.

Jupe tomó aire en profundidad y comenzó la explicación.

-- Después de que Worthington entrara en el Rotary Club a tomar el té, volvió sin tardar mucho al Rolls Royce que estaba aparcado frente al edificio.

-- Siempre el perfecto chófer profesional –observó el señor Crowe.

-- ¡Fue esa profesionalidad la que salvó a Jupe! –intervino Bob espontáneamente.

-- Y sucedió de tal manera --continuó Júpiter-- que la furgoneta tenía que ir por un camino de servicio que discurría a lo largo de uno de los laterales del edificio, y después pasar justamente por delante de donde estaba Worthington. El que la furgoneta saliera del aparcamiento tan deprisa despertó sus sospechas, y cuando vio mi signo de interrogación dibujado en su costado con tiza ya estuvo seguro de que tendría que seguirla. Decidió hacerlo por su cuenta y llamar más tarde por el teléfono del coche, cuando averiguase a dónde se dirigía.

-- Decisión que demostró ser muy beneficiosa para ti, master Jones.

Júpiter asintió con la cabeza.

-- Worthington siguió a la furgoneta hasta que llegó a las colinas, en las afueras de Rocky Beach. Tuvo que guardar una distancia prudente, pues el Rolls se distingue fácilmente, y casi nos perdió cuando la furgoneta no llegó a regresar de cierto camino sin salida --ya sabéis que en su lugar apareció un camión.

Atando cabos decidió seguir al camión durante todo el trayecto hasta San Francisco. Entonces se acordó de que iba utilizar el teléfono. Como no sabía el número del Rotary Club --y además Bob, Pete y el Jefe Reynolds estaban demasiado lejos como para poder hacer algo realmente-- tomó la decisión de llamar a información y averiguar el número del Departamento de Policía de San Francisco. Les explicó todo el asunto y mantuvo el contacto telefónico hasta que el camión llegó al aparcamiento de un edificio que, como luego se supo, pertenecía al señor Won.

Bob retomó el relato a partir de aquí.

-- Worthington asumió un gran riesgo en aquel momento, al dejar el Rolls Royce y seguir a Jensen y a Ping hasta el ascensor para ver en qué piso se bajaban. Luego volvió al coche y esperó la llegada de la policía. Después, haciendo que un agente cuidara del Rolls Royce, él mismo y otros varios agentes entraron en el edificio. Cogieron el ascensor y, puesto que en ese piso sólo hay una puerta, se dieron cuenta de que los tenían atrapados. ¡Cuando oyeron que Won amenazaba a Jupe decidieron actuar!

Pete ya no pudo contenerse.

-- ¡Eso es todo! --barbotó-- ¿Va a presentar el caso, señor?

John Crowe volvió a reírse entre dientes con un nuevo destello de malicia en los ojos.

-- Los escritores podemos permitirnos el lujo de redactar varios borradores de cualquier escena en concreto hasta que hayamos conseguido darle el efecto que deseamos. Pero los investigadores no pueden darse tales lujos, sino que han de pensar rápidamente y sólo se les permite una oportunidad, a veces en situaciones de peligro. Teniendo esto en cuenta creo que os comportasteis admirablemente ante un gran peligro, incluso si vuestra capacidad deductiva no ha destacado demasiado.

Los Tres Investigadores se sentaron al borde de sus asientos, conteniendo el aliento.

-- Por eso, según sé y entiendo, declaro cerrado este caso y me muestro conforme en presentarlo.

Los chicos exultaban de gozo con la aprobación del señor Crowe, pero el gran autor no había terminado.

-- ¡Con una condición!

-- ¿Cuál, señor? --demandó Jupe.

John Crowe se volvió a sentar en su silla, al parecer bastante satisfecho de sí mismo.

-- Ya que este no es, precisamente, un caso típico de Los Tres Investigadores --y todos estamos de acuerdo en que no ha sido resuelto del modo... eee... más ortodoxo-- acepto presentarlo sólo si consentís en que se publique *online*, es decir, en Internet, de tal manera que todos los fans que están pendientes de cada uno de vuestros movimientos puedan ver que incluso los fantásticos Tres Investigadores no son completamente infalibles. ¿Os conviene?

Jupe recuperó rápidamente su compostura y se sentó erguido.

-- Creo que es una excelente idea, señor. Precisamente habíamos hablado de emplear el dinero de nuestro premio en adquirir un ordenador para el Puesto de Mando.

-- Adiós a la Montaña Mágica --suspiró Pete.

-- Sí— añadió Bob—. Y adiós a mi bici nueva. Me parece que ¡hemos perdido otra vez uno a dos la votación!

Todos se rieron, pero entonces Jupe se puso serio.

-- Prometemos publicar *online* esta historia, y yo en particular prometo aprender de mis errores en este caso y no dejar que vuelvan a repetirse.

El gran novelista prorrumpió en una carcajada.

-- No seas tan duro contigo mismo, joven Jones. Estate contento de haber colocado entre rejas a un conocido delincuente y de haber devuelto una fortuna a los museos. ¡Eso es más de lo que muchos detectives esperan conseguir en toda su vida de trabajo!

Los tres muchachos sonrieron amablemente a su mentor y le dieron las gracias según iban saliendo. Cuando estuvo solo, John Crowe empezó a garrapatear unas notas para la presentación del último caso de Los Tres Investigadores y se preguntó en qué clase de apasionante aventura se verían envueltos aquellos jóvenes la próxima vez.

FIN

Índice

Unas pocas palabras de John Crowe

Cap. 1 - Un visitante sorprendente	4
Cap. 2 - Injustamente acusados	10
Cap. 3 - Otro robo	17
Cap. 4 - Al acecho.....	22
Cap. 5 - Un ruido en la oscuridad.....	29
Cap. 6 - Cogidos “in fraganti”	33
Cap. 7 - Júpiter sospecha.....	37
Cap. 8 - El hombre que aborrecía a los chicos.....	41
Cap. 9 - El peligro no es ningún desconocido.....	47
Cap. 10 - Pete salva la situación.....	51
Cap. 11 - Júpiter se equivoca.....	59
Cap. 12 - Una deducción clave.....	63
Cap. 13 - Tendiendo una trampa.....	68
Cap. 14 - La trampa se activa.....	74
Cap. 15 - Un gran aprieto.....	80
Cap. 16 - La muerte de los 1.000 cortes.....	86
Cap. 17 - El señor Crowe hace un trato.....	92